Prof. Fr. BETTEX (suizo)
Frèdèrick

DE LOS PRINCIPIOS DEL MUNDO

Ediciones de la Iglesia Evangélica
Luterana Unida
BUENOS AIRES

Traducido del alemán
por Lobo del Piller y F. A. Fauerbac

PREFACIO

¿Cómo se han formado la tierra, el sol, la luna y las estrellas? ¿De dónde han venido los planetas, los animales y, por fin, nosotros, los hombres?

¿Qué hay después de la muerte?

Son preguntas estas que al hombre pensativo, en sus horas de tranquilidad y reposo, siempre se le vuelven a poner delante de su conciencia. Sin embargo, lo que hoy nos hace falta —mal que nos pese—, son precisamente esas horas de absoluta tranquilidad para la meditación. El ritmo acelerado de nuestro tiempo, con todas sus invenciones relacionadas con el progreso material, ha hecho al hombre indiferente hacia estos temas tan esenciales y fundamentales de nuestra vida.

El profesor alemán Fr. Bettex, fallecido en 1915, que entre otras importantes obras de este género, una de ellas "La verdad que no buscamos" (fué traducida al castellano por Teófilo Dolmetsch y publicada el año 1947), también escribió este librito allá por el año 1900, y nos da aquí, en pocas palabras y siempre basadas en la BIBLIA como PALABRA DE DIOS, sugestiones y explicaciones sobre estas preguntas.

Y creemos que al fin tendremos que confesar: Sólo la Palabra Divina nos da una contestación satisfactoria sobre el enigma del origen del mundo y del nuestro; además nos da tranquilizadora y pacificadora respuesta respecto a la incógnita sobre nuestro futuro.

¡Ojalá que esta obrita sea para otros también un manantial de feliz consuelo, como lo ha sido para nosotros.

F. A. Fauerbach
Lobo del Piller

Buenos Aires, abril de 1950.

PROLOGO

LA MOSCA

(Según la fábula del conocido poeta alemán Chr. F. Gellert, traducida al castellano por Teófilo Dolmetsch).

En un grandioso templo muy hermoso,
Obra de arquitectos renombrados,
En cuyos muros mármoles vistosos,
Con bellas esculturas adornados,
Con mucha elocuencia revelaban
El arte de sus grandes constructores
Que todo con sistema colocaban —
En este templo, noten mis lectores—,
Sentada sola, dentro de la umbría
De un rincón pequeño y apartado,
Una oscura mosca encubría
De vez en cuando —como un letrado —,
Con sus flexibles manos la cabeza,
(Sabido es que adoptan este modo
Muchos de los que creen con certeza
Poder lograr analizar de todo
Su génesis, basándose confiados
En el conocimiento limitado
Que en las aulas y otros lados
Han, sobre la materia, estudiado).

Mi mosca contemplaba intrigada
La espléndida morada, y al punto
Soliloquió, perdida la mirada,
En la inmensidad de su conjunto:

"¿De dónde habrá venido todo esto?
¿Cuándo se hizo y de qué manera
¿Habrá, tal vez, afuera manifiesto
Alguno quien lo hizo en otra era?
¿Y quién podría serlo? Ya no veo
A tal persona, pues seguramente
no existirá, no puede, no lo creo!"
Una araña, vieja e imponente,
Le contestó en tonos mensurados:
Adondequiera que los múltiples lentes
De tus famosos ojos complicados
Dirijan la mirada, son patentes
Las leyes y el sistema aquí presentes
En esta obra — por lógica del buen sentido —
Te prueba que su creador ha sido
El arte que a los hombres inspiró."

Aquí la mosca, de banal manera,
En una carcajada prorrumpió,
Y encarando a su compañera
Con aire superior, le contestó:

"¿El arte de los hombres? ¿Qué es esto?
¿Quién es el hombre y qué ha de ser?
¡Aquí no veo a andie manifiesto,
Ni a la una ni al otro logro ver!
Tu teoría, cuentos son de hada,
Que sólo seres simples creerán.
Yo soy una persona muy letrada
Y estas tradiciones ya no van
Con una ciencia como la que hoy tenemos,
¡Ni yo tampoco las toleraré!
Escucha a la ciencia por lo menos,
Permíteme, y yo te explicaré
Las causas de estas cosas admirables:

En días muy lejanos ocurrió
Que — bajo circunstancias favorables —

Gran cantidad de piedras se juntó
Al azar no más. El tiempo fué pasando
Y se fueron en un bloque fraguando,
Formando este hueco ostensible
Donde nos encontramos tú y yo.
¿Acaso no es esto comprensible?
¿Podrá aún tu vieja teoría
Siquiera compararse con la mía?"

Hasta aquí la mosca.
Sistema tan absurdo de pensar
A una mosca hay que perdonar,
Pero que haya maestros todavía
Que nos enseñen el lenguaje terso
Y sirvan a la juventud de guía,
Y que la causa de un universo
Legalizado y regido con sistema
La fijen en la casualidad,
Y que el azar lo tomen como lema,
Errando y no buscando la verdad,
En vez de inclinarse al Creador,
Es lo que no comprendo, ni podemos
Ya siquiera perdonarles su error
A menos que por necios los tomemos.

EL PRINCIPIO

En el principio creó Dios los Cielos y la Tierra.

Así como lo está cada individuo, lo está también la humanidad entera ante el gran dilema: *¿De dónde y adónde?* Dios que hizo el corazón humano y conoce todas sus preguntas, nos dió la contestación en su palabra. El primer libro de Moisés, llamado el Génesis, esto es, el principio, nos dice *de dónde* venimos; y el último libro de la Sagrada Escritura, el Apocalipsis, nos demuestra *adónde vamos*. Verdad es que espíritus que se sintieron más sabios que la Sagrada Escritura, han buscado por todos los medios atacar a esta divina contestación; y una falsa ilustración clama hoy día por el mundo de afuera, que la "ciencia" terminó con los antiguos conceptos de la humanidad sobre sus orígenes, y que no descendemos de Dios, y sí de los monos. Pero los supuestos "resultados de la ciencia" son indemostrables, y son además —por los hechos y por las averiguaciones de algunos naturalistas— refutadas suposiciones de hombres que se alejaron de Dios, y abandonados por El, siguieron sus propios pensamientos y pareceres. Ellos mismos contestan a la pregunta: ¿De dónde venimos? con: No lo sabemos; otros contestan: De la Nada. ¡Como si repentinamente la Nada hubiera resuelto ser algo! Y a la pregunta: ¿Adónde va el universo?, contestan sin reserva: A la noche eterna.

¡Qué sentencia, con este presentimiento de las "extremas tinieblas", sobre sí mismo!

Mas ya las tradiciones de todos los pueblos arrojan una sorprendente armonía con el relato bíblico. En el nor-

te de Asia, como en la India, en América y en Africa, no hallamos siquiera la admisión —que para los paganos debía ser tan natural— de que el hombre haya evolucionado paulatinamente del animal; pero sí encontramos la creencia y la tradición de que el hombre, creado en un hermoso jardín, contento y feliz, ha caído por su propia culpa o por la tentación, viviendo desde entonces bajo el yugo de la maldición. Asimismo encontramos, en todas las religiones paganas, la creencia de que la tierra no será poco a poco transformada en cielo por continua evolución, sino que primeramente tiene que venir una lucha terrible, un vencimiento del mal, un juicio mundial, al cual seguirá la dicha y la bienaventuranza. También en el relato bíblico de la creación, se hallan singulares asonancias con las antiguas tradiciones de los pueblos. Así por ejemplo cuenta uno de los más antiguos libros sagrados de la India: "El, que existía desde la eternidad, creó primeramente las aguas por una agitación de su espíritu, siendo por eso llamado: "El que se mueve sobre las aguas" (compare Génesis 1, 2). Cuando El, cuyo poder es incomprensible, había creado el universo, cambió la acción por el descanso" (compare Génesis 2, 3). Así también relatan las antiguas escrituras de los persas: "El mundo visible, los cielos y la tierra, fueron creados en seis lapsos. Primero creó Ormuzd (el Dios del Bien) la luz entre los cielos y la tierra. Luego el agua, la que cubría toda la tierra. Después lo seco, la tierra. Además, fueron creados árboles de todas clases. Por quinta vez, las bestias y por último fué creado el primer hombre, Kaiomorts, con semblante, aunque grave, radiante. Pero el maligno Ahrimán, originariamente creado bueno, hizo venir unas tinieblas en el reino de la luz y perdió a la creación entera".

Todavía más grande es la concordancia de casi todos los pueblos de la tierra con respecto al diluvio. Es simplemente maravilloso que pueblos, que viven en los extremos opuestos de la tierra, relaten con tantos detalles concordantes casi lo mismo referente a una gran inundación que cubría todas las montañas, y a una embarcación en la que ocho o también cuatro personas se salvaron. Así, por

ejemplo, hallaron los europeos en la América del Norte una tribu de indios que tenían la paloma silvestre por sagrada, no matándola; y al ser preguntados acerca del motivo de ello, declararon que éste era el pájaro que, cuando sobrevino la gran inundación, le trajo una hoja de sauce al padre de ellos que estaba en la gran embarcación. La hoja de sauce tiene, en su forma, tamaño y color, la más grande semejanza con la hoja del olivo. ¿No demuestra esto claramente una tradición común y la descendencia de Noé y sus hijos?

Veamos ahora lo que nos dice la Sagrada Escritura de los principios de la tierra misma. ¡Qué grandioso y poderoso es, en toda su sencillez, el primer verso de la Biblia!: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra". ¡Más allá de esto no ha llegado todavía ningún razonamiento humano, ni llegará en toda la eternidad! Verdad es que centenares de incrédulos eruditos han tratado de atacar esta sentencia y de demostrar que no hace falta un Dios, y que la "eterna materia" produjo por sí misma todo lo que existe y todo lo que vive. ¡Pero quién se imagina que esto sea algo razonable? Precisamente de lo que los eruditos han investigado con respecto a los principios de la tierra, resalta claramente que aquello que llamamos "vida", tal como la encontramos en los planetas, animales y hombres, y que es distinta de la de las piedras y de los metales, *no* ha existido eternamente sobre nuestro planeta. ¿De dónde habría venido repentinamente esta vida? ¿Cómo podía producirse la vida en la materia inerta? Nadie ha sido capaz de demostrar esto todavía. Nosotros, empero, lo *sabemos*, porque Dios nos dice en su palabra que el Dios Todopoderoso y Viviente hizo nacer, de la abundancia de Su vida infinita, la vida sobre este planeta que llamamos "tierra". Cierto es que este mismo Dios es una maravilla inexplicable, es un Dios oculto; pero un Dios al que podríamos comprender ya no sería Dios. Vida procedente de un Dios viviente —esto sí que es un pensamiento razonable, pues tiene sentido: la vida como proveniente de la materia inerte— es necedad.

Por consiguiente: del infinito lo finito; de lo eterno lo temporal; de lo invisible lo visible (Hebreos XI, 3: "De manera que lo que se ve no fué hecho de cosas que aparecen"); y de lo esencial y real lo pasajero, lo realizable y lo alterable. Así comprendemos por qué existe y de dónde viene, en todo lo finito, el poderoso anhelo hacia lo infinito, el impulso hacia lo alto y hacia lo profundo que hallamos en todo ser viviente. Este anhelo y afán no es otra cosa que aquello que llamamos "vida". Toda cosa creada anhela su origen; ¿no vemos, acaso, cómo todo lo existente anhela lo infinto? ¿Y no es Dios este Ser infinito? Verdaderamente, quien no está espiritualmente ciego, ya siente en el poderoso anhelo de su propio pecho el impulso hacia la abundancia de la luz y de la vida, hacia el poder y el conocimiento, reconociendo también que él no proviene de una materia inerte, porque entonces no desearía la vida, sino la muerte.

"Los Cielos y la Tierra" creó Dios en el principio. Con esto ya está evidenciado, en la primera línea de la Biblia, el punto de vista bajo el cual ella nos coloca. Como un hábil escritor demuestra a sus lectores, en las primeras pocas palabras, el objeto de su tema, así también lo hace Dios en su palabra escrita. Estas primeras palabras nos dicen de qué tratará toda la Biblia, a saber: de lo alto y de lo bajo, de lo celestial y de lo terrenal. En derredor de estos dos conceptos: "Cielos y Tierra", gira toda la Biblia. Ella nos demuestra cómo primeramente los dos estaban unidos y en paz, cómo más tarde fueron separados por el pecado, cómo entonces Dios, durante milenios, trató de unirlos nuevamente, cómo fueron unidos en Jesucristo, y cómo —esto nos lo manifiesta el último libro y la última página de la Biblia— un día, la tierra volverá a ser cielo, la nueva Jerusalén bajará a la tierra, para que Dios sea todo en todo. No solamente en las Sagradas Escrituras, sino también en la naturaleza, encontramos esta oposición de alto y bajo, celestial y terrenal, los dos elementos sobre los cuales reposa toda la vida en la tierra. Así es en el hombre: hacia arriba aspira la cabeza, el sitio de los pensamientos, en tanto que la parte inferior de su cuerpo sirve

para fines terrestres y bajos. También la diferencia entre el hombre y el animal se basa en este concepto de alto y bajo. El hombre camina en posición recta, aspira hacia arriba y toca la tierra solamente con los pies, en tanto que el animal, cuanto más inferior, tanto más adopta una posición horizontal, mirando al suelo. Pero también el árbol y la planta tienden con el tronco y el follaje hacia arriba, al paso que la raíz se hunde en la profundidad.

"En el principio creó Dios los Cielos y la Tierra". Como una roca de granito está esta majestuosa palabra sencilla y grande a la entrada de la Biblia, en el gran portón que separa la eternidad del tiempo. Hasta entonces, la Trinidad estaba sola, en la luz inaccesible. Partiendo de allí, existe lo creado, "una creación". Después de haber sido colocado este fundamento, la Sagrada Escritura deja de conocer, por el momento —hasta que llegue para nosotros el tiempo para ello—, los cielos y sus huestes, descartando los mundos superiores para ocuparse exclusivamente de la tierra. Ella nos habla aquí —por hablar a los habitantes de la tierra—, terrenalmente, humanamente y de manera comprensible para todos; dice también, como todos nosotros lo hacemos, que el sol se levanta y se pone, cuando en verdad, estrictamente hablado, no es el sol, sino la tierra la que "camina". Si Dios, en su palabra, no se inclinara de esta manera al lenguaje y a los pareceres humanos, si no hablara humanamente, sino divinamente en absoluto, entonces su lenguaje sería tan elevado que no solamente la inteligencia del hombre inculto, sino también la del más erudito y del astrónomo más capacitado, sería incapaz de seguirle, y Su palabra nos sería completamente incomprensible.

LA TIERRA

La Tierra empero estaba sin forma y vacía, y yacían tinieblas sobre la haz del abismo; y el Espíritu de Dios cobijaba la haz de las aguas.

Estas palabras de la Sagrada Escritura concuerdan con el resultado de las ciencias naturales. Eminentes astrónomos e investigadores admiten que, en el principio, la tierra recorría el espacio primeramente como un globo incandescente, que se enfrió paulatinamente, volviéndose oscuro, envuelto en densos vapores, y que estos vapores, en el transcurso del tiempo, debido a su enfriamiento, se tornaron mayormente en agua, pero que, asimismo, quedaban todavía tantos de ellos extensamente esparcidos sobre la tierra, que en ésta reinaba una impenetrable oscuridad. En esto, entonces, lo que se nos dice en el segundo versículo de la Biblia acerca del Espíritu de Dios que se movía sobre la haz de las aguas, los eruditos no nos saben relatar nada; este espíritu divino no lo pueden alcanzar con sus investigaciones y sus cálculos. ¿Pero qué hace este Espíritu? Como sobre un huevo, en el que no hay más que oscuridad y humedad, la gallina se posa para cobijarlo y empollarlo, hasta que fuerzas misteriosas invaden las partes más diminutas del huevo, disponiéndolas maravillosamente hasta el momento en que estalla la vida dentro de su cáscara , así también el Espíritu de Dios cobijaba la haz de las aguas; y las múltiples fuerzas y leyes naturales que ahora ejercen su dominio sobre la tierra, Dios las puso en aquel entonces en la materia. Sobre estas misteriosas fuerzas y leyes, que el Espíritu creador de Dios puso, en aquellos tiempos primitivos, en la materia desier-

ta y vacía, están basados todos los fenómenos que percibimos en la tierra; y hasta el cuerpo humano es un admirable taller de procesos inescrutables que se rigen conforme a estas fuerzas y leyes. Como un artesano, por ejemplo, un constructor, al intentar crear algo sublime, considera ante todo minuciosamente qué forma, proporción, tamaño y apariencia le dará a cada parte de su obra, y cómo en su espíritu ya toma forma la obra, viéndola terminada en su mente antes de haber empezado a crear algo visible, así también el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas, poniendo medida y peso, número y ley en la materia.

Curioso es, en verdad, que el hombre caído sea tan ciego, no solamente en lo que se refiere a lo divino, sino también referente a las cosas naturales más próximas a él; cuántos millones no caminan sobre la tierra que es su morada, de la que sacan sus alimentos, de la que procedieron y a la que deberán volver y, sin embargo, ¡qué poco interés le dan a esta gran creación de Dios! Siguen absortos en sus negocios y en sus diversiones; y cualquier pasatiempo ocioso, cualquier charla llana, o fútil juego de naipes, les es más atractivo e importante que la investigación de los grandes hechos y pensamientos divinos. Verdad es que aprenden en la escuela que la tierra es una esfera que gira una vez al año en derredor del sol, midiendo cerca de 40.000.000 de metros de circunferencia; ¡pero qué poca gente piensa en esto más profundamente! Un cristiano debía ser un hombre perfecto, también en eso, para que, en la medida que su oficio le dé tiempo y oportunidad, pueda tener su regocijo meditando seriamente sobre el mundo externo en el que Dios le colocó. Porque: "Sus atributos invisibles, es decir, su eterno poder y divinidad, desde la creación del mundo, son claramente manifestados, siendo percibidos por medio de sus obras." (Romanos, 1, 20).

¡Inmensamente grande es esta morada del hombre! De una esfera de 40.000 km. de circunferencia no nos podemos, ciertamente hacer un claro concepto. Pero algo comprendemos si consideramos que sobre esta superficie hay

mares vastísimos, sobre los cuales navegan buques durante semanas y meses sin ver otra cosa que el cielo y las aguas; también hay desiertos de ardiente arena, más grandes que toda Alemania, donde el camello, este navío del desierto, trota igualmente durante samanas sin alcanzar su límite; asimismo inmensas planicies alfombradas de pasto en las cuales millones de animales se mueven libremente; en los polos norte y sur, hay extensiones tan grandes como Europa, cubiertas eternamente de hielo y nieve; además de esto, los grandes países poblados, con grandes cadenas de montañas y ventisqueros, y caudalosos ríos que parecen mares. Considerando todo esto, y pensando también cómo todo este mundo está libremente suspenso en el espacio, sin apoyarse en nada, no podemos evitar la impresión de que la tierra es una obra maravillosa, sostenida por una mano maestra.

Pero la tierra no está solamente suspensa; ella gira incesantemente por el espacio en su órbita prefijada. La bala del cañón vuela tan rápidamente que el ojo no la ve en su trayecto. Pero nuestro globo, en el que viven 2.000 millones de habitantes, en cuyo interior arde un fuego violento del cual estamos separados solamente por una cáscara delgada pero firme, esta tierra, con todos sus mares y países, ríos y montañas, sabanas, ventisqueros y bancos de hielo, se traslada, y se lleva a ti y a todos los hombres por el espacio inmensurable, durante el día y la noche, cuando los hombres trabajan y cuando decansan, a una velocidad cincuenta veces más intensa que la de una bala de cañón; y no lo sentimos, tan suave y parejo es su vuelo. Si pudiéramos colocarnos lejos de la tierra, en algún punto del universo, y ver a este mundo pasar raudo en su vuelo, ¡qué espectáculo! Primeramente veríamos a la tierra como una diminuta estrella en la lejanía; pero, acercándonos prontamente, se vuelve ya más grande. luego aparece como la luna, después cubre la mitad del firmamento, y ante nuestras asombradas miradas pasaría a toda velocidad, girando como un torbellino todo lo que está sobre ella. Veríamos entonces cómo su superficie aparece cual un sol radiante salpicado con sombríos nubarrones, o un

mar tempestuoso y planicies vastas, o altas montañas nevadas y bosques oscuros, grandes ciudades y desiertos solitarios; todo esto pasaría, durante algunos minutos, en vuelo vertiginoso delante de nosotros; y antes de que nos hubiéramos repuesto de nuestro asombro, todo habría desaparecido; veríamos solamente una gigantesca bola plateada, brillando en el cielo, que menguando rápidamente, pronto volvería a ser una pequeña estrella en las profundidades del espacio, soplada por el que a su vez lo es por el hálito de Dios. Hubiéramos visto así una diminuta parte de la gloria del Creador la tierra, que Dios creó en el principio. Así vuelan incesantemente, con más rapidez que el viento, en derredor del sol, por el espacio, centenares de otras tierras y planetas, mucho más grandes que la nuestra, envueltas en nubes, con mares y continentes, algunas con muchas lunas o con inmensos anillos, circulando independientemente, circundados por una materia firme o líquida. ¿No es mejor para un hombre regocijarse en el espíritu y en la contemplación de las obras de Dios, admirando con adoración las magníficas obras divinas y exclamando: "¿Qué es el hombre, para que de él Te acuerdes?", en vez de preocuparse siempre y solamente con las pequeñeces humanas, cuya contemplación sólo nos trae inquietudes y presunciones, en tanto que la contemplación de las obras de Dios tranquiliza y eleva el alma.

Así también la tierra volaba, hace muchos, muchos años, por el espacio. Todavía estaba vacía y desierta, envuelta en los pañales de las tinieblas; y sin embargo ya era un sublime aspecto para "los Hijos de Dios", de los cuales está escrito: "¿Dónde estabas cuando yo eché los cimientos de la tierra? ¿Cuando a una cantaron las estrellas de la mañana y gritaron de alegría todos los hijos de Dios? ¿Cuando le puse las nubes por pañales y las densas tinieblas por envoltura?" (Job 38, 4, 7, 9). Así, también hoy, avanza esta tierra por su ruta, con la luz cambiada, con casi 2.000 millones de hombres que viven sobre ella, con innumerables animales, un sin número de aves que vuelan por los aires, y millones de millones de peces que nadan en

las profundidas de los mares. Y a todos estos seres Dios los abarca con la vista. En este instante, en cuanto tú lees esto, El mira tu corazón y conoce todos tus pensamientos, como también los de los millones de individuos que del otro lado de la tierra están entregados al reposo, sabiendo sus sueños; asimismo conoce los pensamientos del boschimán que ahora está persiguiendo la gacela, con flecha envenenada, a través del alto pasto del Africa del Sud, y los del esquimal que ahora está cazando la morsa en su "kayac" liviano dentro del mar tempestuoso. En este momento, en que El está examinando tu corazón y tus entrañas, también sabe lo que está pensando cada uno de los 400 millones de chinos, conociendo su historia mejor que lo que la conocen ellos mismos. Incesantemente, en la tierra que gira por su órbita, El mira a los enfermos y a los miserables, a los pordioseros en su pobreza y a los reyes en su esplendor y poderío, a los millares que en la lucha se estrangulan, al criminal que está en acecho por la noche; El siente todo lo que dicen, cantan, oran, maldicen, ríen, lloran; toda queja amarga, todo suspiro a El dirigido, y cada palabra inútil; todo lo escribe Dios en su libro para el día del juicio. Más aún: El ve al león en el desierto, al cuervo en el aire, a todo pichón en su nido, a cada escarabajo en el suelo; ningún pececillo hay en el mar más profundo cuya ruta y acción le sea oculta; ninguna hoja de todos los árboles que haya sobre la tierra cuya forma y tamaño El no conozca, y que sin su voluntad caiga. Y en cuanto El gobierna a todo ese mundo inmenso, abasteciéndolo, nutriéndolo dominándolo, El ve también, en cada gota de agua, los millares de invisibles animalitos que solamente se perciben por medio del mejor lente de aumento, dándoles vida y alimento a cada uno, porque en El vive y existe todo lo creado. Y todo esto ¿qué es en comparación con lo que El ve que acontece en los millones de soles del universo, y en los cielos de los cielos, y en los infiernos?

Sí; grande y poderoso es el Señor, nada está oculto ante Sus ojos, e incomprensibles fuerzas están contenidas en las palabras:

"El espíritu de Dios se movía sobre el abismo".

LA LUZ

Y dijo Dios: Haya luz, y hubo luz.

¡Qué grande y magnífica, qué maravillosa no es la luz, la vestidura del Dios (Salmos 104, 2) que se llama el Padre de la luz y cuya morada es la luz eterna e inaccesible! ¿Qué sería el mundo sin la luz? ¡Qué inimaginable, desconocido, incomprensible y triste sería! ¡Qué oscuro, siniestro e impotente sería también todo nuestro pensar! Pero, ¿qué es la luz? En verdad, exactamente no lo sabemos; y mucho menos podremos jamás sondearla, tampoco a la restante naturaleza, porque la luz es la primera y más sublime creación de Dios. Pero una cosa percibe de ella el espíritu humano: que la luz es una fuerza vital que emana de Dios, la cual, abarcando todo el universo, mantiene las más diminutas partículas de todos los cuerpos y de toda la materia en movimiento eterno, violento y trémulo. Cuanto más rápido el movimiento, tanto más clara es la luz. Si cualquier cuerpo estuviera enteramente sin movimiento, estaría también completamente oscuro, y por lo tanto se puede decir con verdad: la luz es vida y movimiento; la oscuridad es la muerte. Tinieblas absolutas no hay en el universo; y allí mismo donde, a mil pies debajo de la tierra, nuestros ojos cegados por la luz del día sólo creen ver la noche completamente oscura, todavía crece el cristal y una que otra planta inferior. En los más profundos abismos de los mares, donde para nuestros ojos no penetra ni el más débil rayo de luz, se mueven animales vivientes, persiguiendo a su presa, alumbrados por su propia y débil luz. Y cuando el hombre, en la noche oscura, cree que el mundo está envuelto en tinieblas, se trata en realidad de sólo una pequeña parte de nuestra

tierra, en cuanto todo el inmenso universo en su derredor está lleno de ondas de luz que se transmiten eternamente de estrella a estrella, de sol a sol. La extrema oscuridad, de la que habla Cristo, ¿será algún día absoluta o estará todavía iluminada por los rayos rojos de la cólera divina? Pero el rayo de luz no solamente da a todos los cuerpos forma y apariencia, color y visibilidad, sino que también posee muchas otras propiedades maravillosas; y ya que este rayo es una creación de nuestro Padre Celestial, y porque a los hijos de la casa les conviene contemplar y admirar las obras de su padre, queremos hablar algo más sobre esto.

Por ejemplo: Dejemos pasar, por el ojo de una aguja, que tenga el orificio tan pequeño que con los ojos no lo veamos, el más diminuto rayo de luz, y tendremos delante de nosotros todo un mundo lleno de maravillas. Dejemos caer este insignificante rayo de luz sobre una gotita de agua, colocando esta gota debajo de un buen lente de aumento que descompone y aumenta el rayo en esta misma gota. ¿Qué vemos entonces? ¡Todo un mundo! Aquí se mueven y viven maravillosos animalitos, casi siniestros a nuestra vista, avanzando rápidamente como con mil remos, tragándose a diestra y siniestra las criaturas más pequeñas. Lentamente, como en un sueño, otros se mueven para adelante y para atrás, en moradas de cristal, graciosamente listadas, y otros más cambian continuamente la apariencia; rápidamente se vuelven alargados o redondos, estiran sus brazos o los recogen, sin descansar o reposar jamás; y todos viven en Dios, no saben nada de nosotros, y cumplen deberes que nos son desconocidos. Y todo este cuadro, nítido y exacto, delicado y finamente dibujado, con todas sus líneas y formas, lo pintó este único rayo de luz que aparece ante nuestros ojos, los cuales, creados para la luz, son igualmente una maravillosa creación de Dios.

Otro ejemplo: Enfoquemos la luz que refleja la luna, valiéndonos para ello de un gran telescopio, ¡qué diferencia! Antes la luna se nos apareció como un pequeño disco. ¿Y ahora? Sobre una gran planicie vemos amontonarse, allá arriba, inmensas montañas, de muchos miles de metros de altura; imponentes rocas escarpadas, empinadas, desgarradas, un mundo diferente al de la tierra. Allá en la luna reina un silencio eterno; allí no existe ni el aire, ni el agua, nunca susurra allá el viento al pasar por entre los árboles, no mana ningún arroyuelo del suelo, ni chapotean las olas del mar; nunca se deslizan las nubes en su cielo negro. Todas esas cosas nos muestra el rayo de luz que desde la luna baja hasta nosotros.

De los rayos de luz dependen también los colores; no solamente los siete colores fundamentales del arco iris, sino que también los millares de matices que distinguimos. Además, cada uno de estos colores ejerce distinta fuerza de temperatura, distinta influencia sobre los cuerpos terrestres. Bajo un rayo de cierto color o matiz la planta crece más rápidamente que bajo otro; y bajo otro se producen imágenes, fotografías, siendo los resultados de influencias químicas. Algunos rayos poseen una influencia tranquilizadora sobre el animal y sobre el hombre, cosa que se ha comprobado por experimentos hechos con dementes; otros hay que enfurecen al sujeto, como se nota hasta en los animales más estúpidos, tales como el cocodrillo, que por la luz roja se vuelve furioso. Ultimamente, hasta se ha aprendido a leer en la cualidad de un rayo de luz, de qué elemento proviene. Cuando se le antepone al más diminuto rayo de luz un vidrio adecuado y pulido, el prisma, entonces transmite una lista larga y hermosamente coloreada; y en esta raya están dibujadas centenares de líneas finas, algunas negras y otras de brillantes colores. Estas líneas, pues, nos dan la explicación sobre la clase de materia que contiene el cuerpo del cual emana la luz, sea de una vela o de una lámpara a kerosén, del sol o de una estrella fija y muy distante. Y así puede leer hoy el astrónomo en el mismo rayo de luz, por finísimo que sea, de alguna estrella apenas perceptible en el cielo, al hacer pasar este rayo por una sucesión de vidrios prismáticos, si en esa estrella existe agua, hierro, oro, sal común, etc. Además puede saber si tal estrella es sólida, líquida, o há-

llase en estado gaseoso; si está envuelta por una espesa capa atmosférica, o si ella, persiguiendo su ruta por el universo con la rapidez del viento, se aproxima o se aleja de la tierra y con qué rapidez lo hace. ¡Y cuántas otras cosas estarán ocultas en esta haz de luz! Aquí en esta tierra podemos investigar algunas de ellas; sin embargo, la mayor parte nos está reservada para la otra vida, en la que nuestra ocupación será contemplar las maravillas de Dios, con ojos más agudos que los que tenemos ahora.

¡Qué maravilloso es también el *efecto* de esta luz! La luz solar recorre un camino de veinte millones de millas que median desde el sol hasta la tierra, y todavía tiene tanta fuerza como para rejuvenecernos y vigorizar a toda la flora, proveyendo también de vitalidad a los hombres y a los animales; en cuanto a los seres creados en la penumbra, con el mismo calor se quedan pálidos y débiles. Y otra cosa más: Han pasado apenas 60 años desde que en Francia, un hombre de nombre Daguerre debía ser declarado judicialmente como insano a pedido de su familia, por haber afirmado que no descansaría hasta conseguir que las imágenes que están en el rayo de luz, quedaran fijadas y hechas visibles sobre una placa de vidrio. En aquella época, semejante idea era considerada una locura. Hoy día cada niño sabe que se pueden hacer visibles las fotografías de todo cuerpo iluminado, es decir, la imagen que ellos proyectan. Con esto está comprobado que las imágenes invisibles de los cuerpos y de todos nosotros, imágenes que son invisibles para nosotros, pasan por el espacio. Empero, el rayo de la luz necesita, por rápido que sea, de un cierto tiempo para llegar de un punto a otro. Con un aparato, el espejo de Foucauld, podemos medir el tiempo, esto es, la rapidez de la luz, y podemos así saber que ella necesita de ocho minutos para recorrer la distancia que separa al sol de la tierra, y de treinta años desde la estrella polar a nosotros. Vamos a detenernos en este último ejemplo: La luz que emana de esta estrella y que lleva dentro de sí la imagen de la misma, partió de allí hace treinta años, relatándonos por lo tanto cómo la estrella brillaba hace

treinta años, pero no como brilla hoy. Es lo mismo que si recibiéramos una carta de un conocido residente en la China y que fuera despachada seis meses atrás, por cuya carta podemos ver que en aquel entonces él estaba bien de salud, ocupándose de esto o de aquello, pero no cómo se halla en este momento y de qué se ocupa ahora; pues bien podría haberse enfermado y hasta haber muerto. Lo mismo pasa con la Estrella Polar. En verdad, no la vemos precisamente a ella, sino solamente su imagen, tal como salió de ella hace treinta años; y si hubiera pasado y desaparecido hace diez años, todavía la veríamos brillar desde hoy en veinte años más; y sólo después de este lapso nos daríamos cuenta que está apagada. Otra estrella de la constelación de las Pléyades (Job 9, 9; Amós 5, 8), está tan distante de nosotros que su imagen necesita 500 años para llegar hasta acá; por consiguiente, podría haberse apagado en los tiempos en que naciera Lutero y todavía la veríamos. Quiere decir: que nosotros vemos las estrellas no como son, sino como eran; vemos en el cielo no el presente, sino el pasado.

Ahora imaginemos el caso al revés; como si en este momento alguien miraría desde alguna estrella a la tierra. Si la imagen de esta estrella necesita 500 años para llegar a la tierra, entonces la imagen de la tierra también necesita el mismo tiempo para llegar a la misma estrella; el supuesto habitante de la estrella vería entonces a la tierra tal como era hace 500 años; y si tuviera un telescopio muy exacto o la vista muy perfecta, podría observar *hoy* lo que pasó en la tierra hace 500 años. Así, el universo está lleno de las imágenes que ofrecen todos los seres que lo pueblan y las cosas que acontecen continuamente; es, por lo tanto, un "libro de la luz", en el cual están escritos los rayos de luz en forma de fotografías exactas de todas las cosas y sucesos. Cierto es que nosotros, los hombres, no podemos leer esta escritura; no sabemos si en algunos de los enormes cuerpos de luz que vemos brillar en el cielo, existen seres que tal vez la lean con ojos inmortales. Podemos suponer, empero, que los ángeles de Dios, que vuelan de mundo a mundo para cumplir con sus mandatos, ven en

estas imágenes de luz toda la historia universal. Seguro es que Dios mismo lo hace; pues El, que ha hecho el ojo, ¿podemos suponer acaso que no vea? Y esto sólo ya nos puede dar, aunque sea un débil concepto, la idea de cómo en Dios el pasado y el presente son una misma cosa.

Todas estas maravillas, y quién sabe cuantas otras que todavía nos están ocultas en el rayo de luz, las ha producido una única palabra creadora: ¡Haya luz! Ciertamente ¡un Dios grande y maravilloso! Y lo que es la luz *verdadera*, de la que nuestra luz es solamente una pequeña parte y una copia débil, y la inmensa significación que tiene, de esto nos testimonia en cada página la Palabra Divina que nos dice: *Dios es luz, y no hay en El ninguna tiniebla*. A nosotros, sus hijos, El nos llama a Su luz, porque en la luz está todo conocimiento, en las tinieblas toda ignorancia; y como ya nos lo demuestra cotidianamente en la naturaleza la luz solar pasajera, en ella solamente hay vida; en las tinieblas está la muerte. A nosotros nos es prometido que algún día viviremos en la luz, donde no hay más tinieblas; viviremos en el cuerpo de la resurrección y birllaremos como el sol en la casa de nuestro Padre. ¡Qué maravillas de la luz no se agitarán entonces en derredor nuestro, emanando también de nosotros mismos! ¡Qué estímulo no nos es ya esto, poder vivir aquí abajo, en este mundo a veces tan sombrío, como hijos de la luz!

Al decir más adelante: "Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche", Dios fija clara y nítidamente lo que El entiende por Día y Noche y lo que, principalmente en el relato de la creación se debe entender por la expresión "Día" y "Noche" a saber, no días y noches según nuestro cálculo, de una duración de doce horas —pues en los primeros días de la creación todavía no existía el sol —, pero sí, períodos alternados por la luz y por las tinieblas, sin que respecto de su duración nos sea dicho algo. Queremos recordar aquí la Escritura: "Un día para con el Señor es como mil años, y mil años como un día"; también la expresión del "Día del Señor", que igualmente no es un día terrenal, sino que designa con

ello todo un espacio de tiempo. Por consiguiente, en los "Días" de la creación, conforme al claro tenor de la Escritura, solamente tenemos que pensar en épocas de luz, sobre cuya duración nada nos dice la Biblia, las cuales, sin embargo, bien pueden haberse extendido por milenios. Grandes eran esos períodos de luz y poderosas sus evoluciones de vida, períodos estos que se alternaban con otros de tinieblas y de inercia.

EL AIRE

Y dijo Dios: Haya una expansión en medio de las aguas, que separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que están debajo de la expansión de las aguas que están sobre la expansión, y fué así. Y llamó Dios la expansión Cielos. Y hubo tarde y hubo mañana, el día segundo.

¿Qué cielos son estos, de cuya creación se nos da cuenta aquí? Evidentemente no son aquellos que habita Dios y los ángeles y de los cuales se ha dicho: "Los cielos de los cielos no te pueden abarcar"; antes sí, nos relatan aquí la creación de la atmósfera sobre la tierra, la que Dios llama también cielos, y la que por eso también en todos los idiomas del mundo se llama así, pues constituye ante los ojos del hombre un signo permanente de que no existe solamente la tierra debajo de él, sino también un mundo luminoso e incomensurable encima de El. Algunos pensarán que ya se sobreentiende que debe haber algo encima de nosotros; o creerán que ese así llamado cielo no es más que un poco de aire, que no merece ser considerado como una nueva creación de Dios. El asunto, empero, es muy distinto. En la luna, por ejemplo, no hay atmósfera, y si estaríamos allí, en pleno día, no veríamos sobre nosotros ninguna bóveda celeste, sino nada más que un vacío infinito y tinieblas negras como el alquitrán, por cuyo vacío el sol y las estrellas conjuntamente

brillarían con una luz insoportable y enceguecedora. Que haya un cielo celeste sobre nosotros, no es, por lo tanto, infaliblemente necesario. También la ciencia está aquí de acuerdo con la Biblia cuando dice: "Se puede suponer con relativa seguridad que, habiendo estado la tierra caliente, por mucho tiempo envuelta en una camada de espesos vapores, sumamente gruesa, por la cual no podía penetrar ningún rayo de luz, de modo que una oscuridad absoluta cubría la superficie, bajaron finalmente a la tierra muchas materias pesadas que antes habían llenado el espacio superior. En esta forma se produjo paulatinamente una atmósfera más limpia, que se parecía mucho al aire nuestro, y en la cual han podido subir emanaciones de agua y formarse nubes. Esta atmósfera tuvo que formarse *antes* del mundo vegetal y animal, y sus integrantes de entonces, excepcionalmente propicios para la vegetación, eran para el tiempo posterior origen de un inmenso reino vegetal."

¿Qué finalidad tiene este círculo de aire, llamado atmósfera o "expansión", como la Biblia lo denomina literalmente? En primer dugar sirve para separar las aguas de arriba, o sean las nubes, de las aguas de abajo. Si no estaría ahí esa masa de agua, que se encuentra suspendida en lo alto sobre nosotros, se depositaría como una espesa e impenetrable neblina sobre la superficie de la tierra y de los mares; y tanteando en la misma, nunca llegaríamos al conocimiento de un cielo estrellado, ni de la superficie de la tierra. La superficie de la tierra quedaría eternamente húmeda y fría, y la maduración de los cereales y de las frutas sería imposible. Alguno que otro piensa tal vez que las pocas nubes, que a veces están sobre nosotros, no son dignas de ser llamadas "aguas superiores", en contraste con los mares inmensos. Pero si tal persona viviera en la costa de Alaska, en Norte América, donde casi durante todo el año caen interminables chaparrones, recibiría otra impresión de las masas de aguas almacenadas en el cielo. También podemos explicarnos esto en otra forma: De la lluvia y de la nieve que caen sobre la tierra. se forman

los arroyuelos, que por su unificación forman las corrientes y los ríos. Así el Rin, frente a Colonia, es ya un río caudaloso. Pero existen en la tierra muchos ríos, en comparación con los cuales el Rin es un mero arroyo. Así, por ejemplo, el río Amazonas, a sesenta millas de su embocadura ya es tan ancho que de una orilla no se ve la otra, y uno cre tener ante sí el mar. Con todo, este río tiene más de seiscientos pies de profundidad. Esta enorme masa de agua, más ancha que el Lago de Constanza, lleva incesantemente sus olas al mar, desembocando en éste con tanta violencia, que a 300 kilómetros de la costa, el navegante que nada ve de la tierra todavía, encuentra con asombro el mar lleno de agua dulce. No mucho menores son el Misisipí, el Río de la Plata, el Lena, el Ienisei, el Volga, el Nilo, el Níger, el Yang-Tse-Kiang, el Ganges y otros ríos de la América, del Asia y del Africa. Ahora bien, imaginémonos a todos estos ríos unidos, y al asombrarnos ante esta inmensa masa de agua que desde hace miles de años se lanza a los mares, consideremos que *todas estas aguas tuvieron que venir de las nubes*, y que no estarían ahí, si no hubieran sido precipitadas desde las "aguas sobre la expansión". Por otro lado, no hubieran bajado, si antes no hubiesen subido desde la tierra. Invisible para nosotros, ríos como el Misisipí y el Amazonas se elevan día y noche al cielo. ¿Cómo sucede esto? Simplemente por el hecho que bajo la influencia de los rayos solares, se forman en la superficie de las aguas pequeñas burbujas, como ampollas llenas de aire, pero tan pequeñas que no las vemos. El aire, calentado por el sol, se expande, volviéndose más liviano que el aire que la circunda; la burbuja sube entonces a las alturas como un globo, formando arriba las nubes, entre las cuales una sola, a veces, contiene como cien mil baldes de agua. Así, Dios realiza lo grande por intermedio de lo insignificante. Bien podía haber colocado elevadísimas máquinas de vapor en los cuatro cabos del mundo, que con su ruido y crujido ensordecedor hubiesen bombeado el agua de los mares, esparciéndola después sobre la tierra; entonces nosotros, los hombres, las admiraríamos mucho. Pero, obrándolo El, silenciosamente y de

una manera mucho más perfecta — por la creación del aire que cada minuto hace subir millones de baldes de agua hacia el cielo, y por los vientos, que también pertenecen al aire y que llevan las lluvias a otras tierras —, no lo notamos y no pensamos sobre esto. Un renombrado astrónomo ha calculado cómo si toda la gente que vive sobre la tierra, hombres, mujeres y niños, se pusieran en fila en la playa del mar y sacarían activamente el agua del mar, con baldes, tardarían en hacerlo *setenta mil años*, o sea la misma cantidad que el sol, con sus rayos, eleva sin dificultad en un solo año. Tan pequeño y pobre es el poder humano, comparado con la acción tranquila de Dios.

Estas aguas de arriba, estas nubes, son un mundo propio para sí. Claro, el que vive lejos de las costas de los mares, apenas las conocerá en toda su grandiosidad y diversidad; pues la verdadera cuna de las nubes está sobre los grandes mares, donde se forman libremente y donde se acumulan muchas veces en enormes masas. Allá puede el navegante observar con ocio sus diferentes formas, de las cuales las cuatro principales son: *los cúmulos*, que muchas veces en verano o antes de una tormenta se remontan como una inmensa cúpula de nieve, de un blanco resplandeciente, sobre un fondo oscuro; *los estratos*, que durante el crepúsculo y en extensas rayas ocupan todo el cielo; *los cirros*, que como lana desgarrada se presentan en miles de zarcillos, siendo esta formación la más elevada, aeronautas que se han remontado a 25.000 pies de altura, las han visto aún más arriba; finalmente los grises *nimbos* con sus indefinidos contornos. Pero el que quiera conocer el mundo de las nubes en todo su esplendor, tiene que remontarse en un globo aerostático. Así, por ejemplo, cuenta un oficial inglés, que realizó uno de esos viajes aéreos, abandonando la tierra en tiempo nublado y lluvioso, que pronto estaba envuelto por vapores y neblinas, porque atravesaba las nubes de lluvia; pero rápidamente salió de las mismas, y con palabras de entusiasmo describe luego cómo navegaba por un mar de copos blanquísimos como la nieve, cómo éste también quedaba pronto debajo de él, formándose en

derredor de él gigantescas masas de nubes parecidas a las montañas de Montblanc o del Himalaya, en un cielo profundamente azul, nubes éstas que cambiaban rápidamente sus formas, brillantemente iluminadas por el sol. En este grandioso mundo, para él nuevo — sigue relatando el oficial —, casi no se atrevía a respirar o a moverse, tan solemne era el completo silencio, pues le parecía estar solo con Dios. ¡Cómo será entonces en aquel día, cuando El, cuyo retorno esperamos, aparecerá con sus ángeles y con todos los santos en las nubes del cielo!

Pero esa bóveda de aire creada por Dios, no solamente separa las "aguas de arriba y de abajo", sino que también cumple con otros fines. Que nosotros la necesitamos para la respiración, es bien conocido. Más aún; es ella precisamente la que nos hace posible la *visión*. Si ella no descompusiera los rayos solares, de modo que las cosas fueran iluminadas por todos los lados, veríamos de todos los objetos solamente el lado iluminado, como es el caso con la luna; el otro lado estaría envuelto en la más completa oscuridad. Es el aire el que produce toda esa infinidad de matices de luz y sombra, pues en vez de una luz vivísima que moleste a nuestra vista, y proyecte su correspondiente sombra negrísima, vemos esbozado un cuadro suave y armónico de la superficie terrestre. Otro fin grande e importante realiza esta capa de aire o atmósfera: ella es un manto tibio que preserva del helamiento a la tierra y a todas las criaturas que viven sobre ella. Verdad, que los rayos solares son tibios y hasta calientes; pero si no existiera el aire, podrían calentar solamente aquel lado de un objeto en el cual cayesen; el otro, el lado de la sombra, estaría expuesto al frío del espacio del universo que equivale a más de 100° bajo cero. Así ocurre en la luna; y así también ocurriría con nosotros en la tierra, si no existiera el aire, quedaríamos, a un lado de la tierra, casi tostados; al otro lado quedaríamos rígidos y toda vida sería imposible. Por el aire, sin embargo, las ardientes flechas de luz son amortiguadas y desviadas, esparcidas por todos los lados, y siendo el aire mismo calentado, nos envuelve a nosotros en una atmósfera igualmente tibia.

Estas son algunas de las maravillas de la gran creación de Dios en el segundo día; y como la luz, también el aire alaba su grandeza y poder. Nosotros, empero, que creemos en este poderoso Creador como en un Padre querido en Jesucristo, cantamos de común y pleno acuerdo:

Quien al aire, nubes y vientos,
Da cursos, sendas y vías,
Encontrará también caminos,
Que a mis pies serán guías.

LA TIERRA FIRME Y EL MAR

Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un mismo lugar, y aparezca lo seco; y fué así. Y llamó Dios a lo seco tierra, y al conjunto de las aguas llamó mares; y vió Dios que era bueno.

¿Qué aprendemos en estos versículos? Que la superficie de la tierra era en un tiempo plana y uniformemente cubierta por el agua, y que sólo más tarde se elevaron las montañas y se bajó el fondo de los mares. ¿Qué dicen al respecto las ciencias naturales? Están completamente de acuerdo con la Biblia en que la formación de las montañas y la aparición de la tierra firme, sólo sucedió después de haber sido uniformemente cubierto por las aguas el globo terrestre. ¿Cómo habrá sucedido esto? A ello contestan los naturalistas: la tierra antes era una esfera grande e incandescente, consistente de metales en estado ígneo-líquido; pues hoy todavía se pude ver cómo todas las rocas que asoman en la superficie de la tierra, no son otra cosa que el óxido de ciertos metales. Hasta el barro, del cual hacemos nuestros ladrillos y tejas, contiene en inmensas cantidades un metal que se parece mucho a la plata, pero que es mucho más liviano, el aluminio. A medida que la esfera terrestre candente se iba enfriando, se produjo naturalmente una corteza en su superficie. En cuanto ésta se volvió más gruesa, también tuvo que encogerse, arrugándose, lo mismo que la nata sobre la leche caliente, cuando ésta se enfría; y estas arrugas, correspondientes al tamaño de la tierra, fueron las primeras colinas y montañas. Por eso la Biblia no dice: "Dios creó la tierra seca", sino: "Y *aparezca* lo seco". La natural consecuencia de esto fué

que las aguas se juntaron en los sitios bajos, produciéndose de un lado el mar y del otro lo seco. Por consiguiente, también en este importante detalle de la historia de la tierra, tenemos completa concordancia entre la Biblia y la ciencia. Todas estas cosas no han acontecido, como piensan los ateos, por sí mismas, sino por la palabra creadora de Dios; y si no la hubiera pronunciado en el tercer día, estaría la tierra ahora todavía desierta y vacía, y las montañas no se hubieran formado. La palabra divina mandó que todas las fuerzas, que Su espíritu — moviéndose sobre las aguas —, había colocado en la materia, siguiesen trabajando según Su plan premeditado, y que así la tierra debería dar un paso más en su evolución. Bien percibieron los ángeles y los hijos de Dios que moraban en el cielo estas palabras creadoras; pero si en aquel entonces, nosotros hubiéramos estado como pecadores sobre la tierra, entonces hubiésemos entendido tan poco de estas palabras, como entendemos hoy día cuando, por orden de Dios se desencadena una tempestad o cuando un terremoto aniquila a millares de personas. Nuestros ciegos sentidos terrenales, en aquel entonces, cuando se desarrollaban los acontecimientos de la creación, no hubieran visto más que la evolución natural y la acción de fuerzas naturales, como lo explican hoy también las personas cultas e incultas que no conocen a Dios.

Ciertamente, son una gran obra de Dios, esas "montañas del Señor", como las llama la Escritura, porque proclaman, en sentido muy particular, el poder y la gloria del Señor. Del tamaño de una montaña, y del de una que no sea muy alta, de su contenido de miles de millones de pies cúbicos de tierra, roca y piedra, no nos podemos formar ningún concepto. El que esté familiarizado con los Alpes, y después de muchas horas de esfuerzos ha conseguido subir a uno de esos gigantes, habiendo visto desde arriba la tierra a sus pies, con sus grandes bosques como pequeñas manchas oscuras y ríos como hilos de plata, puede imaginarse en cierto modo lo que es una montaña. Un conocido escritor inglés, Kingsley, dijo cierta vez: "He re-

conocido la grandeza y el poder de Dios, sólo cuando se me ocurrió hacer desmontar una pequeña colina que había en mi propiedad. Sólo cuando vi que muchos obreros, día tras día, retiraban carretilla tras carretilla de tierra y la diminuta "topera" se resistía a desaparecer, pensé en algunas cordilleras que se elevan a gran altura, como los Alpes o el Himalaya, y en otras que se extienden por miles de millas, como los Andes, y sólo entonces me convencí que el hombre es muy pequeño y la obra de Dios es sumamente grande."

¡Qué habrá sido la formación de las primeras montañas! No solamente la superficie de la tierra subía y bajaba como un mar, sino que ella reventó y se desgarró; las hendiduras y los millares de volcanes despedían inmensas masas de lava, o sean rocas fundidas. Aun hoy tenemos evidencias de esos acontecimientos: son algunas montañas, que indiscutiblemente se han formado de tales rocas fundidas; lo mismo los volcanes, de los cuales hay quinientos activos y miles de extintos; pero ante todo la extensísima cordillera de los Andes con sus numerosos volcanes en acción. Esta cordillera no es más que la cicatriz de una gran grieta que un día se produjo en la corteza terrestre, de la cual — como el jugo de una fruta cortada — surgía la lava, convirtiéndose en montañas. Por consiguiente, no es solamente una expresión poética, sino que está basada literalmente sobre la verdad, cuando en los Salmos leemos que las montañas se derriten "como cera delante de Jehová" (Salmo 97, 5). Y hoy todavía, esta formación no está de manera alguna terminada ni ajustada, sino que siguen, aunque ya no en la misma escala grandiosa y enorme, "elevándose las montañas y bajando los valles, a los lugares para ellos designados". (Salmo 104, 8). Así, por ejemplo, en el año 1707, en el Mediterráneo, apareció por las fuerzas del fuego subterráneo, en la proximidad de la isla Santorin, una isla nueva, que tenía cinco millas de circunferencia, elevándose a cuarenta pies sobre el nivel del mar. Y muchas islas del océano Pacífico no son más que los cráteres de antiguos volcanes que se elevaron poco a poco

sobre la superficie de las aguas. Así también, en México, el 29 de setiembre del año 1734, hubo un gran terremoto, durante el cual la superficie terrestre se movía como un mar agitado, al tiempo que se vió levantarse en un solo día, con formidable estruendo, una montaña que cubría una superficie de cuatro millas cuadradas, alzándose a 1.600 pies de altura, al paso que en derredor salían llamas del suelo. Esta montaña, llamada Jorullo, existe todavía y aun hoy, desde su cúspide, baja lava incandescente. Empero, sobre la manera como "los valles se bajan", se ha podido leer en todos los diarios hace 20 años. En aquel entonces, una isla con una montaña alta, se sumergió en las profundidades del mar, acompañada por formidables ruidos subterráneos y una lluvia de ceniza que durante tres días oscureció el sol. Ahora bien, si la formación o la desaparición de una montaña relativamente pequeña ya está acompañada de tan terribles y grandiosos fenómenos, y si un solo volcán pequeño, como el Vesubio, es capaz de enviar su ceniza hasta el Africa, y otro volcán mayor puede conmover la tierra a centenares de millas alrededor, en volviéndola en tinieblas, ¡qué indescriptible y grandioso espectáculo no debe haber sido, cuando al tercer día, conforme a la palabra y al mandamiento de Dios, toda la tierra firme se elevó cual millares de volcanes, desde las profundidades, y montañas y cordilleras enteras, "saltaron como los corderitos". En aquella lucha gigantesca entre el fuego y el agua, la tierra, envuelta en denso humo y llamas, habrá sido un cuadro simbólico de aquel día en que ella, con todo lo que está sobre la misma, será consumida por el fuego. Las montañas son, pues, una bella y grande creación de Dios, motivo por el cual los salmos no se cansan de elogiar su belleza y su grandiosidad. Dios ha santificado sus cumbres que, atrevidas y altas, envueltas algunas en un montón magnífico de nieve, se elevan en el aire, por encima de las pequeñas y vanas ocupaciones de la vida humana. En una montaña debía Abrahán sacrificar a su hijo; en una montaña, en la majestuosa cima granítica del Sinaí ha descendido Dios cuando dió leyes a su pueblo; sobre una montaña murió Moisés y fué enterrado

por Dios; en una montaña Elías congregó a Israel e hizo bajar fuego del cielo. Desde una montaña Cristo pronunció su principal sermón, allí se retiró para orar, se transfiguró ante sus discípulos, y ascendió al cielo, y a su segunda venida sus pies posarán sobre el Monte de los Olivos. (Zacarías 14, 4). ¡Y qué serán un día las montañas de la eternidad, en el paraíso y sobre la nueva tierra, a las cuales elevó David sus miradas y de las cuales le vino auxilio!

A la montaña, a la altura resplandeciente, se opone el mar, la profundidad misteriosa y oscura, que un día cubría toda la tierra. Misterioso ya es el "qué" y "por qué" Dios ha cubierto esta tierra — que El nos dió a nosotros, los hombres —, dos de sus terceras partes con inhabitables desiertos de agua; pues claro está que El hubiera podido proveernos de otra manera con la cantidad necesaria de lluvia. Misterioso también es el mundo de sus innumerables habitantes. "He allí el grande y anchuroso mar, en donde se mueven un sinnúmero de animales así pequeños como grandes! Allí transitan las naves, y aquel leviatán que hiciste para juguetear en él." (Salmo 104, 25, 26). Y a mayor profundidad todavía, en glacial silencio, adonde no penetra el ruido y el estruendo del mundo, en noche eterna — ya que a 300 metros de profundidad no baja ningún rayo de luz — viven desde milenarios, millones de seres que no conecemos, el fin de cuya existencia no adivinamos, y que de nosotros, de toda nuestra vida y ocupación de la humanidad, de los pueblos y de los imperios, nada saben. Una fuerza oscura y devoradora es este mar, cuyas grandes corrientes, semejantes a enormes ríos, corren incesantemente de un polo al otro, retrocediendo en derredor de los continentes, en eterno circuito. En un tiempo se tragó a toda la humanidad y a todo el reino animal antediluviano, y más tarde el Mar Rojo devoró a Faraón y a sus huestes; y todos los años — más —, diariamente, desaparecen debajo de su superficie, para nunca más ser vistos, barcos con toda su tripulación. ¡Qué cantidad de cosas habrá en su fondo: "cascos, tesoros, esqueletos humanos!"

Como la montaña corresponde a la elevación del alma en la luz, así el mar simboliza su caída en las oscuras profundidades de la tentación, donde Dios le oculta su semblante y su haz, diciendo el alma como Jonás: "¡Por qué me has echado a lo más profundo, al centro de los mares; y las corrientes me circundan! ¡Todas tus olas y tus ondas pasan sobre mí! Empero, tú haces subir mi vida desde el lugar de corrupción, ¡oh Jehová, Dios mío!" (Jonás 2, 3, 6). Así también Cristo, después de ser transfigurado en el Monte Tabor, tuvo que bajar, por nuestros pecados, a los abismos de la muerte y del infierno. "Porque de la manera que Jonás estuvo en el vientre del gran pez por tres días y tres noches, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra." (S. Mateo 12, 40).

Un día, cuando todo lo oculto será revelado ante el trono blanco, también "el mar devolverá sus muertos". Entonces ellos subirán, los millones que el diluvio ha tragado, Faraón y sus guerreros, y los incontables que desde entonces desaparecieron en el mar, y se presentarán a la luz con sus penas y sus pecados, para ser juzgados.

Pero en la nueva tierra indescriptiblemente hermosa, "el mar no lo será más". (Apocalipsis 21, 1). Por doquiera vivirán bienaventurados.

LA PLANTA

Y dijo Dios: Produzca la tierra hierba, planta que dé simiente, árbol que dé fruto, que produzca fruto según su género, cuya simiente esté en él, sobre la tierra: y fué así; porque brotó la tierra hierba, planta que da simiente según su género, y árbol que produce fruto, cuya simiente está en él, según su género; y vió Dios que era bueno. Y hubo tarde y hubo mañana el día tercero.

Por grandes que fueran las maravillas de la creación de la luz, del aire y de la tierra firme, tenemos aquí algo mayor, esto es, la aparición de *la vida*, la maravilla de todas las maravillas. ¿Qué es una planta? ¡Cuán maravilloso es, que millones de partículas de materia inerte, desprendidas de la tierra, sean impulsadas por una fuerza invisible a constituir una obra conjunta y armónica, una creación *vital* que come, bebe, respira — pues todo eso hace la planta—, crece, reproduce, vuélvese vieja y débil y, por fin, muere.

Grande y digna de admiración ya es la diversidad de esas criaturas de Dios. Cerca de 100.000 clases de plantas conocemos, de las cuales cada una tiene sus múltiples especies; pero estamos lejos de saber lo que crece en los desiertos o en las altas cimas de las montañas, y menos aun, lo que está arraigado en el fondo del océano; tampoco conocemos los millares de pequeñísimos vegetales que se mueven en la turbia y mucosa gota de agua. ¡Qué contraste entre lo grande y lo pequeño! Ahí están las diminutas plantecillas, sólo visibles con el lente de aumento,

llamadas diatomas, de las cuales nosotros, con un solo trago sacado de un arroyo musgoso, bebemos inadvertidamente varios millares. Ahí están, por otro lado, los gigantes, de varios cientos de vida del reino vegetal: la esbelta palmera de la cordillera, de 200 pies de altura, que, más alta que la mayoría de las torres de nuestras iglesias, mueve en el viento sus lindísimas hojas; el enorme baobab en el Africa occidental, con un tronco que mide 36 pies de diámetro, en el cual un viajero francés — Adanson — ha contado tantos anillos anuales, que demuestran que este árbol debe haber empezado a crecer en tiempos de Cristo; el gigantesco ciprés Wellingtonia, de los cuales se encuentran en la California ejemplares de 300 a 400 pies de altura, con un tronco tan alto y la raíz tan gruesa como la torre de la iglesia del convento de Stuttgart. La planta más larga o más alta, sin embargo, es el sargazo gigantesco, que en el océano Atlántico tiene su raíz en el fondo del mar y crece por entre las aguas a miles y más pies de altura, hasta que ve la luz solar, moviendo sus ramas sobre las olas, formando grandes bosques submarinos, en cuyas ramas, en vez de aves y corzos, se mueven el voraz tiburón, bandas de delfines, y multitudes de otros animales marinos. No menos asombrosa es la diversidad del suelo y del clima, donde las plantas se desarrollan. En la cálida arena del Sahara, en una brasa solar — que mata al hombre expuesto a ella sin protección —, crece la datilera, regada por fuentes subterráneas, "pues", dice el árabe, "ella quiere su pie en el agua y su cabeza en el fuego". Pero en la proximidad del Polo Norte, donde en la noche que dura meses, el frío alcanza a 50 y más grados — donde el vino que se lleva hasta allí, y mismo el aguardiente, tienen que romperse con el hacha, donde el hielo es duro como el acero, y el acero se pone frágil como el vidrio —, allí, tiernas plantecillas enfrentan a la larga noche polar con el terrible frío; y si aparece después de larga ausencia el pálido sol, entonces, entre las hendiduras de las rocas, sobre un suelo de pocas pulgadas de profundidad, embebidas de la nieve derretida, reverdecen y florecen tímidamente delicados musgos, lindas y diminutas florecillas. Allí

también crece el árbol más chico de la tierra, el sauce polar, alto como el ancho de la mano, el tronco sólo tan grueso como un lápiz, y los fornidos navegantes, a los cuales su oficio les lleva a estas tristes soledades, cuentan cómo se alegran al contemplar estas plantecillas que también allí, en el frío eterno, cantan el amor de Dios.

Pero el verdadero milagro de la planta es su semilla: "y que tenga *su simiente en sí mismo*, sobre la tierra". ¡Verdaderamente, un gran milagro! El pequeño grano de simiente que yo mantengo entre las extremidades de dos dedos, tiene en sí poder de producir una planta perfecta con raíces, tallo, hojas y flores, *según su género*, una planta que a su vez reproducirá la misma simiente, y así sucesivamente, mientras exista la tierra. Calculemos un poco con cifras lo que significa esto: De un solo grano de la adormidera puede crecer una planta que lleva en sí 30.000 semillas. De cada una de éstas otro tanto, lo que hace en la segunda generación novecientos millones de adormideras. Sí; se ha calculado que, si todo granito de semilla creciera, la descendencia de un sólo granito cubriría en 5 años a todos los países de la tierra con adormideras. Asimismo, el profesor Gaussen en Ginebra, llegó a la conclusión que, si un grano de trigo — como sucede en Siria, Palestina y Sicilia — produce cada vez cien granos, los granos producidos por cada uno de éstos, a los diez años, alcanzarían para sustentar a todos los hombres de la tierra durante un año. Semejante fuerza de crecimiento y de producción, Dios la puso en las semillas de las plantas en el tercer día. Y si pensamos en la fuerza impulsiva que es necesaria para hacer subir esos millones de plantas grandes y pequeñas desde sus raíces hasta su altura, ¿qué es en comparación con esto la fuerza impulsora de todas nuestras máquinas, cuyo rendimiento tanto admiramos? Por eso, cuando una brisa estival arroje sobre tu manga una de estas semillas con alas, considérala con veneración: en ella está contenida una fuerza divina ante la cual se desarma todo poder humano. Si descomponemos una de esas semillas, no se encuentran en ella más que algunos granos farináceos conte-

nidos dentro de pequeñas bolsitas transparentes, que llamamos células. Los sabios conocen perfectamente las materias que integran el contenido del grano. ¿Pero pueden ellos mismos producir un solo granito? No. Aunque ellos mezclen las materias contenidas en él, exactamente en la misma proporción como, por ejemplo, la del grano de trigo, exponiendo esta mezcla luego al calor solar, a la luz del sol y a la electricidad, nada va a crecer de allí; no se produce ninguna planta. Nótese aquí la maravillosa y oculta fuerza vital divina, que está contenida en cada granito y que deja muy detrás de sí a todo el saber y poder humanos.

Esta misteriosa y delicada almita del grano de trigo, que no se puede descubrir con ningún lente de aumento, tiene una vida tenaz. Dura meses y hasta años, y en algunas plantas forestales, uno de esos granos negros de semilla puede yacer como muerto durante 50 y más años, aunque las heladas y el calor, verano e invierno, pasen por encima de él. En estos 50 años, algunos millones de almas humanas han venido al mundo y han desaparecido nuevamente del mismo; la historia universal, con sus penas y pecados, ha progresado mientras tanto. En tiempo más reducido aún, Alejandro Magno o Napoleón han fundado y derretido imperios y han modificado la faz del mundo; al paso que en este granito de semilla dormita la delicada vida, y si se le agrega el suelo apropiado, el calor solar y la lluvia, entonces despierta, sin demostrar ningún rastro de decrepitud. Se asegura haber encontrado granos de semillas de la centaura y del trébol en tumbas celtas muchas veces centenarias, de esos celtas que tan firmemente creían en la inmortalidad del alma, que sin vacilar se prestaban dinero entre ellos, contra la promesa por escrito de devolver capital e interés en la otra vida. (Dicho sea de paso que esto es un vergonzoso testimonio para muchos cristianos de hoy). Esos granos celtas, una vez plantados, dieron flores tan lindas y frescas como las de hoy.

¿Cuál es la finalidad de la planta? ¿Por qué Dios la ha creado? A decir verdad, cada uno lo sabe y no se preocupa por ese hecho grande del Creador. La planta tiene

que alimentar a los hombres y a innumerables animales. Dios dijo a la planta: tú debes — vivificada por fuerzas solares, piedra, tierra y agua — preparar pan para toda mi humanidad. Y he aquí, sin ruido, silenciosamente, bajo la luz del sol y durante la tempestad, la planta transforma incesantemente el suelo en cereales, en acite y vino, en sabrosos frutos, en jugos, especias y medicamentos de todas clases; ella produce anualmente muchos centenares de millones de toneladas de trigo, cebada, arroz, papas; también café, cacao y té, asimismo muchos millones de litros de vino y sidra. Un tallo movido por el viento, una planta de arroz, una caña en el estero, alimenta a varios millones de hombres. Pero aun no basta; de esta maravillosa planta se tejen también anualmente muchos millones de kilómetros de telas de algodón, cáñamo y lino, para vestir al hombre y para sus demás necesidades. ¡Qué ocupación bella y grande tienen esas tranquilas criaturas!

Pero aquel primer reino vegetal antiquísimo, que Dios el Señor había creado el tercer día, nos ha sido conservado, aunque en forma modificada, hasta el día de hoy, pues gracias a esos vegetales tenemos nuestra habitación templada en el invierno. En las capas de tierra y roca más bajas y viejas de nuestro planeta, se encuentran, en estado carbonífero, inmensas cantidades de plantas, entre las cuales se distinguen muchas veces el tronco, las ramas, hojas y frutas; y debajo del lente de aumento hasta se ven claramente las más pequeñas células de madera. Estas enormes aglomeraciones de plantas, entre las que no se encuentran ni un hueso de cuadrúpedo o de hombre (prueba que éstos, de acuerdo con lo que nos cuenta la Biblia, todavía no habían sido creados en aquel entonces), no son otra cosa que nuestro *carbón de piedra*. Es bien conocido que esta hulla está almacenada en los más diferentes puntos de la tierra, formando enormes capas, hasta de cuarenta pies de espesor. La extensión de esas capas se puede apreciar por el hecho, que solamente en Gran Bretaña son sacadas anualmente 1.200 millones de quintales de carbón y, sin embargo, se ha calculado que Inglaterra posee todavía hulla para otros

quinientos años. En la América Septentrional y en la China — donde ya hace 2.000 años que se quema carbón de piedra —, como también en Australia, todavía están almacenadas inmensas cantidades de este combustible. Estos son los restos de las plantas que están enterradas bajo el barro, la arena y capas de rocas, carbonizadas lentamente por el calor interior de la tierra, plantas esas que Dios había creado en el tercer día.

Por los incomensurables bosques de esas plantas gigantescas, que cubrían la tierra todavía húmeda que apenas había surgido del mar, murmuraba y soplaba como hoy el viento, pero ningún canto de pájaro sonaba en ellos, ningún animal corría por los bosques, ni siquiera un coleóptero o una oruga trepaban en sus troncos; todavía reinaba silencio sobre la tierra. ¡Ni siquiera el sol la iluminaba! Burlones ignorantes — pues ignorancia y burla generalmente van juntos —, muchas veces se han reído porque, según la Biblia, las plantas aparecieron antes del sol, aquéllas en el tercer día, y éste apenas en el cuarto día, en cuanto cada niño sabe que sin la luz solar no puede crecer ninguna planta. ¡Una burla barata! ¡Como si Moisés no lo hubiera sabido también! ¿Y si la tierra en aquellos tiempos primitivos hubiera tenido otra luz que la del sol? Con toda seguridad, un hecho indica esto: Nosotros encontramos en todo carbón de piedra sacado de la tierra, sea procedente de terrenos cálidos o fríos, de las proximidades del ecuador, o de los polos, *las mismas plantas*, palmeras y gigantescos helechos, altos como árboles, como hoy en día crecen únicamente en países cálidos y húmedos. De esto se deduce claramente que tanto la luz como el calor *en aquel entonces estaban uniformemente esparcidos sobre la tierra*, o sea con otras palabras — lo que también expresa con certeza el gran botánico Descandolles —, que los vegetales de aquellos tiempos, hoy carbonizados, *han tenido otra iluminación que la actual luz solar*. La tierra de aquel entonces la podemos imaginar como envuelta en un velo de luz suave y calentada uniformemente por sí misma.

Si tomamos en la mano un pedacito de carbón de piedra, tengamos presente que tenemos ante nosotros un pedazo de un árbol que ha crecido sobre la tierra en un día cuando aun no brillaban ni el sol ni la luna; cuando todavía no había días terrestres, ni estaciones, ni años, y el alma de Adán yacía todava sin crear en las profundidades de la Divinidad. Y si hemos contemplado retrospectivamente a los pasados milenios, miremos entonces también hacia adelante: Seguramente vendrá un día en que la tierra perecerá, junto con todo lo que está sobre ella; pero se nos ha prometido una nueva tierra, en la que las plantas crecen y florecen cual un primor por nosotros nunca imaginado, como árboles de la vida que llevan sus frutos en sus tiempos, y sus hojas son para la sanidad de las naciones. (Apocalipsis 22, 2).

EL SOL, LA LUNA Y LAS ESTRELLAS

Y dijo Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos, para separar el día de la noche; y sean para señales, y para estaciones, y para días y años; y sean para lumbreras en la expansión de los cielos, para alumbrar sobre la tierra: y fué así; porque hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para regir el día, y la lumbrera menor para regir la noche; hizo también las estrellas; y las estableció Dios en la expansión de los cielos, para alumbrar sobre la tierra, y para regir el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas; y vió Dios que era bueno. Y hubo tarde y hubo mañana el día cuarto.

Acabamos de ver, que el primer reino vegetal, cuyos restos tenemos ahora ante nosotros en forma de carbón de piedra, se ha formado antes que el sol alumbrara la tierra; por lo tanto, bajo otra luz que la de hoy, a saber, bajo una luz que envolvía la tierra uniformemente. De dónde vino esta luz, no se explica; y también aquí, como en otros centenares de casos, el sabio verdadero dice modestamente: "No lo sabemos". Pero esto sabemos, que después de cierto período de tiempo, en el cuarto día de la creación brillaban por primera vez dos lumbreras en el cielo, de las cuales una rige el día y la otra la noche, y que nos sirven para la *división del tiempo*. Esto solo, ya cumple una misión muy importante, pues hasta nuestros mejores relojes y cronómetros no podrían indicarnos con perfección el tiempo por lasgos períodos; solamente los

cuerpos celestes son indicadores verdaderamente seguros del tiempo, que no atrasan ni adelantan siquiera un minuto o un segundo. Sin ellos, se produciría pronto una confusión irremediable en las determinaciones del tiempo; más aún, sin ellos, sin las divisiones del tiempo indicadas por ellos, día y noche, meses y años, al hombre no le hubiera venido la idea de dividir el tiempo. Si no tuviéramos una división del tiempo, una vida humana ordenada sería inimaginable. Por eso también, en toda la Palabra Divina, empezando por la creación, pasando por la ley y los profetas, hasta el Apocalipsis de Juan, se les ha asignado a los tiempos y a las horas una importancia tan grande, cuya significación todavía no nos ha sido revelada a nosotros. Queremos recordar solamente la palabra: "Cuando llegó el *tiempo*", y la otra de Cristo: "Mi *hora* todavía no ha llegado"; además, referencias como en el Apocalipsis 12, 14; 10, 6 y muchas otras.

Por lo tanto, para alumbrarnos y para dividir el tiempo, están ahí el sol y la luna. Pero asimismo, nos imaginamos que esto es todo y su único fin; nos parecemos a un pobre al que un rey, al pasar diariamente en determinada hora, le diera una limosna, llegando el pobre a creer que el rey pasa por ahí solamente para eso y que no ha de tener otra ocupación. Y no es así, sino que se trata de enormes creaciones de Dios, que no están solamente ahí para nosotros, sino también para la alabanza y la gloria de Dios, proclamando Su magnificencia, cumpliendo además otros fines, para nosotros en parte desconocidos. Así, por ejemplo, el sol no sólo alumbra la pequeña tierra, sino también a otros cientos de planetas, entre ellos el majestuoso "Júpiter" con sus cuatro lunas, cuyo planeta es 1.400 veces mayor que el nuestro, y el nublado "Saturno", con sus ocho lunas, que es 700 veces más grande que nuestra tierra. Y no solamente ilumina el sol estos cuerpos celestes, sino que también los hace girar, debido a su enorme fuerza de atracción, en torno de sí como punto central, y los lleva irresistiblemente consigo en su vuelo por el incomensurable espacio estelar. Que la Sagrada Escritura se coloca en el

punto de vista humano, mencionando al sol y a la luna como las dos lumbreras principales, en cuanto menciona a las estrellas sólo en orden secundario, es muy natural y está justificado. Bien sabemos, por observaciones y cálculos absolutamente ciertos, que la luna es muchos miles de veces más pequeña que las estrellas fijas que vemos brillar en el cielo, y que ella, en comparación al sol, que es millones de veces mayor que ella, ocupa una posición muy reducida e insignificante en el sistema solar. Pero Dios ha dado su Palabra Escrita a la humanidad entera; y la humanidad no se compone de los pocos millares de hombres eruditos y cultos, sino de los millones que con el sudor de su rostro e inclinados al suelo, se ganan el pan cotidiano. Estos nada entienden de astronomía ni de ciencias naturales, pero del corazón paternal de Dios están tan cerca, o más cerca aún, que muchos de los grandes sabios. Y si Dios quiere hablar como Padre a todos estos Sus hijos, debe hablar sencillamente, humanamente, llanamente con ellos, de modo que lo comprendan. Ningún reproche es tan incomprensible como aquel dirigido tantas veces a la Biblia: "ella no habla un lenguaje científico". Si la Biblia hablara científicamente, ¿qué provecho sacarían entonces de ella los millones de hombres?

Tierra (o planetas), sol y luna —estas son las tres principales categorías de los cuerpos celestes en el universo. No existe solamente *un* sol, sino los millones de estrellas fijas, que podemos ver por medio de los grandes telescopios, también son soles, algunos del mismo tamaño, otros mucho más grandes que nuestro sol, igualmente brillantes y hasta más brillantes; y solamente por su enorme distancia nos parecen tan pequeños. En derredor de nuestro sol gira nuestra tierra no como único planeta, sino conjuntamente con más de 200 otras "tierras", unas más grandes que nuestra morada, otras más pequeñas que la provincia alemana de Wurtembarg; pero algunas tienen las mismas características que las de la tierra, con aire y agua, día y noche, con estaciones, nubes y vientos, con continentes y mares, montañas y valles, y las hay también con hielo

y nieve. Si en ellas existen seres vivientes, plantas, animales o hasta criaturas superiores a nosotros, no lo sabemos, y probablemente nunca lo sabremos en esta vida, sino recién en la nueva. Asimismo no es la luna que vemos en el cielo la única que existe, sino también las otras tierras o planetas tienen sus lunas; que unos tienen dos, otros cuatro y otros seis y ocho, de modo que las noches allí están maravillosamente iluminadas. Todas estas lunas son, como la nuestra, mucho más pequeñas que las tierras en cuyo derredor giran. Así las tierras, lunas y soles son verdaderamente las tres principales categorías de cuerpos celestes que Dios ha creado.

Cómo se presentan las cosas sobre una tierra, lo sabemos por experiencia; pero cómo sobre una luna, y principalmente sobre la nuestra, poco sabemos de esto. Rígida, desierta, rocosa, sembrada por altas y escarpadas montañas, la superficie de la luna se extiende por sobre grandes distancias, no interrumpida por ningún mar ni lago, no cubierta por ningún bosque. La altura de esas montañas ha sido medida por los astrónomos desde aquí por su sombra: ella importa más de 20.000 pies, por lo tanto mucho más que la altura del Montblanc, la montaña más alta de Europa. Ese paisaje desgarrado y rocoso, con sus grandiosos e imponentes contornos, está bañado por la luz ofuscante del sol. Visto que la luna no tiene ninguna capa o atmósfera como la que Dios dió a la tierra en el segundo día, el cielo no se presenta en ella de color azul, sino de un negro profundo. En ese cielo negro brilla el sol con una claridad casi insoportable, no durante doce horas como aquí, sino durante catorce días derrama incesantemente un calor abrasador sobre las rocas desnudas, en cuyo calor se podría fundir metales fácilmente fusibles. Al lado del sol brillan en pleno mediodía, las estrellas, con más claridad que en la tierra, durante la noche, porque ninguna capa de aire detiene ni amortigua sus rayos en la luna. Cuando el sol se baja, después de un "día" que dura dos semanas, entonces cae repentinamente, sin crepúsculo —porque no existe el aire —, la noche oscura sobre los valles, en cuanto

las altas cumbres, durante algunas horas, todavía están intensamente iluminadas. Pero entonces veríamos levantarse por allá, en el oeste, en vez del sol que se ha puesto, la tierra platinada, maravillosamente bella. Quince veces mayor de lo que de aquí vemos la luna, la tierra aparece en el cielo lunar con sus continentes, mares y nubes; las masas de hielo que se encuentran en el polo aparecen como manchas claras y oscuras, como también las observamos en nuestra luna. Cambios de tiempo o de estaciones del año, no los hay en la luna. Por los siglos sin cuento camina ella por el espacio invariable, rígida, sin vida. Si en alguna época pasada fué habitada y ha tenido vida, o si un día va a serlo, no lo sabemos. Según todos los indicios, rigen en las otras lunas, por ejemplo en las del planeta Júpiter, las mismas condiciones.

Muy diferente es el sol. Si la luna es el reino de la muerte, el sol lo es de la vida, de una vida, de una fuerza, de un poder ígneo, que no logramos imaginarnos. Más de un millón de veces más grande que nuestra luna (se nos aparece del mismo tamaño como la luna, porque está 400 veces más lejos de nosotros), este mundo gigantesco es un verdadero océano de fuego de brillantes metales fundidos, rodeado de llamas de muchos miles de kilómetros de altura. El calor que allí reina, es inconcebiblemente intenso y no solamente llega a miles, sino a cientos de miles de grados. Y si no fuera así, ¡cómo podría, a una distancia tan enorme, vivificar toda la superficie terrestre con todos sus habitantes! Si Dios echaría a nuestra pequeña tierra en este fuego, no se produciría más que una pequeña deflagración, como si una bolita de cera cayera dentro de una estufa y hubiera desaparecido con todo lo que estaba en su superficie. Desde la tierra se puede ver, por medio de potentes telescopios, cómo de cuando en cuando, desde el interior de esa enorme esfera, se levantan inmensas columnas de fuego de miles de kilómetros de altura; después de corto tiempo estos torrentes se despeñan nuevamente al mar de fuego, formándose en sus olas de fuego enormes torbellinos que alcanzan gran profundidad y nos parecen manchas oscuras. Estas son las llamadas "manchas solares".

También las estrellas que tan serenas brillan en el cielo, son soles como éste, inmensos mundos de fuego, muchos de ellos más grandes todavía, más cálidas y brillantes que nuestro sol. Así, por ejemplo, la estrella más brillante en el cielo, conforme a las últimas observaciones, debe tener una luz tan potente como 5.000 de nuestros soles. ¡Imaginemos semejante abundancia de luz en nuestro cielo! Ciertamente sucumbiríamos en seguida, deslumbrados y chamuscados. Otras estrellas, en cambio, son menos brillantes, parecen haberse enfriado, reluciendo con luz rojiza; otras hay, que son azules, verdes, color púrpura; y algunas cambian lentamente de color. Además, hay también las llamadas estrellas cambiantes; éstas son soles que regularmente, por semanas y meses, disminuyen su luz y después se tornan nuevamente brillantes. Puede ser que esto tenga su origen en el hecho de que un lado de esas estrellas está cubierto por oscuras escorias, de modo que nos parecen más oscuras cuando ellas, en rotación regular, nos presentan este lado. A veces también están unidos dos, tres y cuatro soles en una "familia solar"; y soles, azules, verdes y dorados giran en coro maravilloso e intrincado en derredor de uno y otro. En sus tierras o planetas, por consiguiente, cambian días azules y dorados con verdes y color de púrpura, y también las noches allí están iluminadas por lunas de los mismos colores. Más aún: a veces están unidas diversas de esas "familias solares" en un conjunto mayor, y con admiración ve el astrónomo en el cielo varios grupos de soles coloreados, a los cuales, por decir así, un sol grande y blanco les sirve de pastor y de guía. ¿Quién es capaz de investigar qué maravillas Dios creó juntamente con esos mundos y en ellos?

También en estos maravillosos reinos de luz, se muestra la majestad de Aquél que es un fuego consumidor. Ya son trece veces que los astrónomos han visto alguna de esas estrellas encenderse en un brillo inusitado menguando luego durante meses y desapareciendo por completo después de pocos años. Ninguno de ellos, ni el más incrédulo, ha podido librarse de la impresión: Aquí hemos

visto, desde lejos, cómo un mundo desaparece en fuego. Un día verán los habitantes de otros cuerpos celestes a una pequeña estrella distante, nuestro sol y nuestra tierra, inflamarse con mucho brillo en la noche y apagarse después de corto tiempo. (II Pedro, 3, 10). Pero también, ya por siete veces, vieron los astrónomos, en sitios de la bóveda celeste hasta hoy oscuros, aparecer repentinamente nuevos puntos de luz, nuevas estrellas — quizás nuevas creaciones de Dios.

Y así nosotros también esperamos, después de la desaparición de esta tierra iluminada hoy por el sol y la luna, una tierra nueva. *El sol no será más tu luz de día, ni para resplandor te dará la luna su luz; porque Jehová mismo será tu luz eterna, y tu Dios tu gloria.* (Isaías 60, 19; Apocalipsis 21, 23).

PECES Y AVES

Y dijo Dios: Produzcan las aguas en grande abundancia enjambre de almas vivientes; y vuelen las aves sobre la tierra en la abierta expansión de los cielos. Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y toda alma viviente que se mueve; los cuales las aguas produjeron abundantemente, según su género; y vió Dios que era bueno. Y los bendijo Dios, diciendo: Sed fecundos y multiplicaos y henchid las aguas en los mares; y multiplíquense las aves sobre la tierra. Y hubo tarde y hubo mañana el día quinto.

"Y dijo Dios". Así progresa la divina obra de la creación. Desiertos y silenciosos eran hasta entonces el aire y el mar, y la tierra estaba cubierta por inmensos bosques. Y nuevamente llegó una noche en la creación; nuevamente vinieron las tinieblas sobre la tierra, y el sol perdió su brillo. Nuevamente subieron desde el seno de la tierra nuevas cordilleras, con mucho ruido y crujido: los enormes bosques, que en el cuarto día fueron creados, fueron sepultados debajo de arena, barro y rocas, y según la voluntad de Dios han quedado almacenados como inmensas provisiones de combustible, bien hondo debajo de la tierra, para que en el siglo XX la humanidad lo sacara a la luz, para poder calentar sus habitaciones, nutrir sus máquinas, locomotoras y buques a vapor. Pero cuando los volcanes se habían apaciguado, y cuando las montañas, formadas por las rocas apenas salidas de su estado líquito-ignito, se habían enfriado, cuando el humo se había dispersado y el sol brillante y amoroso iluminaba la tierra en el *quinto*

día de la creación, entonces brotó del suelo una nueva e inmensa abundancia de vegetación; pues la Divina Palabra, creadora de las plantas del tercer día, continúa obrando en cuanto la tierra existe. Pero no es esto suficiente, pues conforme a la Palabra Divina, en el quinto día empieza a moverse, en los aires y en los mares, una *vida animal* variada, produciendo *peces y aves*.

Con respecto a esto, ya algunos se han extrañado que dos, al parecer tan diferentes especies animales estén aquí unidas como en una sola, y que las dos hayan sido creadas en el mismo día; pero después de un estudio más detenido, salta a la vista que los peces y las aves, juntos, aunque de distinta especie, se diferencian esencialmente de los cuadrúpedos. En las dos especies el cuerpo tiene forma oval que se afila hacia atrás, por ser ésta la más adecuada para el movimiento tanto en el aire como en el agua; ambas especies se trasladan no andando sobre sus pies, sino que se mueven por medio de miembros situados a los lados, a saber, aletas o alas; en las dos se nota una cola abierta en forma de abanico que les sirve de timón, arreglo éste que no presenta ningún animal terrestre. Además, las dos especies están cubiertas por unas como tejas en forma de escamas o plumas superpuestas que segregan un aceite grasoso, un líquido mucoso, que les sirve de protección contra la humedad y el frío: las dos especies animales poseen huesos muy livianos, sin embargo muy fuertes, huecos, llenos de aire, en vez de serlo con tuétano; las dos se reproducen por huevos. Tampoco hay en la sangre de los peces y las aves los así llamados glóbulos de sangre redondos, como en la sangre de los cuadrúpedos y del hombre, sino glóbulos oblongos, de forma ovalada y mucho más grandes. Finalmente tienen las dos especies animales el común y misterioso impulso viajero, que se repite periódicamente y por el cual, como en el otroño las aves migratorias, los peces también se ponen en movimiento anualmente en las profundidades de los mares, como por ejemplo los arenques, los bacalaos, etc., llegando a agruparse en innumerables bandadas para dirigirse a metas desconocidas. Si re-

pasamos lo antedicho, podemos afirmar tranquilamente: las aves son los peces del aire y nadan en él; en cambio, los peces son las aves del agua y vuelan en ella. Así existen numerosas especies de aves llamadas somorgujos, que saben nadar mejor sobre y debajo del agua que volar en el aire; y por otro lado tenemos los así llamados peces voladores, que pueden mantenerse por algún tiempo en el aire. Una vida bella y libre ha dado Dios a estas sus criaturas; tanto es ello así que en muchos idiomas existen los dichos: "sentirse bien como un pez en el agua' y "estar libre como un pájaro". Majestuosamente vuela el águila durante horas en derredor de las altas cimas, abarcando con la vista a la tierra debajo de sí, meciéndose cómodamente en el aire azul; pero en el Polo Sur, donde los océanos cubren superficies mucho más grandes que toda la Europa, está la patria del verdadero rey de los aires, el fuerte albatros. Con las alas mucho más grandes que las del águila, le es placer y vida luchar incansablemente a muchos centenares de millas de distancia de la tierra, durante semanas, día y noche, con la tempestad que juega con los buques desarbolados. De cuando en cuando, con gritos roncos, clama a Dios para que El le dé su presa y le mande su alimento en su tiempo. Y en los mismos mares impera como rey el temible cachalote. Sumamente grande, más grande que la ballena, con gigantesca y angulosa cabeza, con dientes terribles, sube a la superficie, juega con los buques, los embiste de tal manera que las planchas más fuertes estallan y el vapor se hunde con toda su tripulación; entonces él vuelve a bajar a las profundidades, recorriendo en su poder sus reinos del agua; un soberano, ante el cual se dispersan los habitantes de las profundidades, pues hasta el voraz tiburón, este tigre de los mares, emprende espantado la huída. ¡También una majestad por la gracia de Dios!

Si nos preguntamos ahora si en el interior de la tierra encontramos todavía restos de las criaturas de ese quinto día de la creación, la contestación va otra vez conforme con la Biblia. Las capas interiores de la tierra nos indican nítidamente que después de la creación colosal de las plantas,

cuyos restos forman el carbón de piedra, se han producido en primer lugar revoluciones terrestres, y que después aparecieron sobre la tierra, o mejor dicho, en los mares, inmensas cantidades de animales marinos de todas clases, cuyos restos rellenan por millones ciertas capas de la corteza terrestre, por ejemplo los terrenos pizarrosos. Si vemos cómo en una sola barra pizarrosa están incrustados centenares y hasta millares de animales marinos de todas las especies, comprendemos la palabra: "Produzcan las aguas en grande abundancia enjambres de almas vivientes". También los "monstruos marinos", de los cuales habla la Biblia — donde Lutero traduce "grandes ballenas" —, los reconocemos con toda claridad. Encontramos sus restos, en la mayoría de los casos, en pequeños ejemplares sueltos, coleccionados en los museos de historia natural. Por su figura se les llama "saurios" o lagartos; sin embargo, se trata de animales gigantescos, de 20 a 50 pies de largo. Así, por ejemplo, nadaban en las corrientes del mar el fuerte "ictiosaurio", con sus cuatro aletas enormes; y con tan fuerte dentadura, como tenía en su hocico grande y agudo, trituraba los calamares y otros habitantes del mar, cuyos restos encontramos hoy todavía en su estómago. Especialmente interesante son los *ojos* de este gigante marítimo, pues estos ojos, como hoy todavía se ve en los esqueletos, estaban cercados por muchas placas óseas movibles, que les permitían contraerse o agrandarse hasta alcanzar el tamaño de un plato; seguramente para que el animal, cuando nadaba en la superficie del mar, no fuera ofuscado por la luz rutilante, y al mismo tiempo para que pudiera encontrar su camino en las profundidades del océano y capturar a su presa. Pero también otros animales marinos había en abundancia; por ejemplo las "actineas", que arraigadas en el suelo, con troncos sumamente delgados, de diez a doce piez de largo, ostentaban sus lindas cabecitas, formadas como el cáliz de la flor. Había también los bien conocidos amonitas, o cuernos de Ammón, que podemos encontrar en muchas partes, las más chiquitas del tamaño de una moneda de 20 centavos, las más grandes del peso de un quintal y del tamaño de una pequeña rueda; por fin los calamares, cu-

yas córneas extremidades petrificadas han sido denominadas por el pueblo de "dedo del diablo"; y muchos otros.

Además de estos seres marinos, se encuentran también, por primera vez, habitantes del aire, aves, en esas capas terrestres en armonía con el relato bíblico. Aunque las aves no se encuentran en tan grandes cantidades como los animales marítimos, esto concuerda exactamente con la Biblia, que usa la expresión "en abundancia" para los animales acuáticos, pero no para las aves. Los restos relativamente escasos de las aves también se explican por el hecho de que los animales marítimos, cuando perecieron, quedaron enterrados por millares en el lodo, siendo conservados por la petrificación, al paso que las aves han quedado sobre la tierra, expuestas al aire donde se descomponían y se pudrían, de modo que sus rastros se perdieron más fácilmente. Asimismo, encontramos todavía restos de aves del quinto día de la creación, en apariencia tales como las de hoy, como también otras cuyos ejemplares pertenecen a géneros hoy desaparecidos.

Escuchemos algo más sobre la fertilidad de los habitantes marítimos, de cuya fertilidad se habla en el versículo 22 del Génesis, en forma especialmente destacada, comparada con la de las aves. Es sorprendente cómo esta bendición divina, hoy todavía, demuestra su eficacia en los animales acuáticos. En cuanto las aves se multiplican relativamente muy despacio, poniendo de uno a seis huevos, encontramos en los peces una fecundidad que sobrepasa en mucho la ya mencionada fertilidad de las plantas. En un solo arenque se han encontrado 68.000 huevos, en la carpa de 200.000 hasta 342.000, en un esturión (pez del Volga) más de tres millones, en el bacalao de 4 a 9 millones. Ciertamente, millones y millones de estos huevos se pierden por tempestades, aves marinas u otras causas. Sin embargo, quien vive a la orilla del mar, puede convencerse diariamente de la enorme masa de seres vivos que éste contiene en sus profundidades. Así, por ejemplo, salen de Le Havre diariamente, durante todo el año, de 30 hasta 40 barcos de pescadores que obtienen en un espacio relativamente

reducido, enormes cantidades de camarones, pequeños crustáceos que son consumidos por los habitantes de toda la costa y también en Rúan y París; y, sin embargo, no disminuye su cantidad. Así es cómo zarpan anualmente centenares de grandes barcos con 15.000 a 20.000 pescadores para los bancos del Labrador y pescan allí mismo, por término medio, más de 30 millones de ejemplares de bacalao; y, sin embargo, se encuentra este pez, allí, siempre en la misma cantidad. Y cuando anualmente bajan los enjambres de arenques por la costa de Noruega, viniendo del Polo Norte, sólo los noruegos pescan en pocas semanas 300 millones de ejemplares y a veces mucho más, de modo que abonan sus campos con ellos. Bandadas de tiburones y de ballenas siguen a estos enjambres y los devoran por millares, volviéndose gordos; y con todo eso, no se nota en esta inmensa masa de peces la más pequeña disminución. Anualmente se pierde esta enormidad en las profundidades del océano Atlántico, donde seguramente sirven de alimento a los peces mayores; y cada año vuelve a desbordarse, viniendo del Polo Norte, el inagotable torrente de vida. Ya se ha afirmado que, si existiesen medios de pesca y de transporte, toda la humanidad se podría alimentar de peces sin que los mismos disminuyeran. Por lo tanto, todavía se cumple lo que dijo Dios en el quinto día de la creación: *"Produzcan las aguas en grande abundancia enjambres de almas vivientes"*, y *"sed fecundos y multiplicaos y henchid las aguas en los mares."*

LOS ANIMALES TERRESTRES

Y hubo tarde y hubo mañana el día quinto. Y dijo Dios: Produzca la tierra almas vivientes según su género, bestias y reptiles y fieras de la tierra según su género; y fué así; porque hizo Dios la fiera de la tierra según su género, y la bestia según su género, y todo reptil del suelo según su género; y vió Dios que era bueno.

Nuevamente se envolvió la tierra en las tinieblas; poderosos movimientos sísmicos pasaron destructivamente sobre ella, y por algún tiempo descansaba el poder creador de Dios. Pero cuando en la mañana del *sexto día* la luz inundaba la tierra, brotando nuevas e innumerables especies de plantas, cuando se movieron en los océanos animales acuáticos de todas clases y volaron en los aires gran cantidad de aves, entonces se produjo una nueva maravilla. *Nuevas, más elevadas clases de animales* empezaron a poblar la tierra. Para nosotros, claro está, los animales terrestres de todas las especies que diariamente vemos, ya no nos son maravillas como lo son tantas otras maravillas de Dios. Un caballo es un caballo, un perro un perro, nada más. Pero si visitaría por primera vez a nuestra tierra un ser más elevado, creado por Dios, este ser superior consideraría como la maravilla más grande al hombre, esta imagen divina, este rey caído, tan pequeño y, sin embargo, tan grande, tan pasajero y asimismo eterno, tan débil y no obstante tan poderoso; pero después del hombre le sería sin duda la más grande maravilla el reino animal, creado en el sexto día. "¿Qué seres son éstos" — nos preguntaría nuestro visitante — "que se mueven en formas y figuras

tan diferentes al rededor de vosotros? Como vosotros, vieron la luz con dolores, como vosotros, comiendo y bebiendo, experimentan alegría y dolor y hasta parecen pensar y querer igual que vosotros, parecen sentir y recordar, como lo hacéis vosotros, parecen amar y odiar, mirándoos con ojos mudos y, sin embargo, elocuentes; se dejan guiar y conducir libremente por vosotros, temen como vosotros a la muerte, muriendo como vosotros con miedo y dolor". Ciertamente, hay algo de enigmático y misterioso en estos animales. Los encontramos en el paraíso, donde todo era puro y bienaventurado. Dios pedirá la sangre de los hombres de ellos, y de ellos tomará venganza (Génesis 9, 5); ellos perciben a los ángeles donde no los distingue el ojo humano (Números 22, 23), y hasta en combinación con el mundo celestial invisible son mencionados en la Sagrada Escritura. (II Reyes 6, 17; 2, 11; Apocalipsis 19, 11 y 14). También están incluídos los animales en las grandiosas palabras del apóstol respecto a la "ardiente expectación de la criatura" y su futura liberación "de la servidumbre del ser corruptible, a la gloriosa libertad de los hijos de Dios". (Romanos 8, 19 y siguientes). En su ley dada a su pueblo del Antiguo Testamento, ¿no ha dado Dios el contraste entre puro e impuro y entre sagrado y profano en el reino animal? (Levítico 11). En el Nuevo Testamento, toda criatura de Dios es llamada buena cuando Dios la ha purificado (Hechos 10, 15); Jesús es llamado el "cordero" de Dios; el Espíritu Santo que desciende en forma de "paloma"; afuera (fuera de la ciudad de Dios) están "los perros". (Apocalipsis 22, 15; compárese también San Mateo 7, 6).

"Cada cual según su género" — así creó Dios los animales en la sexta jornada, el sexto día. La Biblia no sabe nada de la hoy tan difundida teoría de la evolución, llamada también, debido a su autor Darwin, "Darwinismo", según la cual los animales superiores y aun el mismo hombre, en el transcurso de muchos millones de años, han "evolucionado" de las especies animales inferiores, y también éstas, de la misma manera, por virtud de una fuerza con-

tenida, a su vez se han producido por una "célula primitiva", esto es, una diminuta bolsita. No. Como las plantas, los animales también han sido creados en especies nítidamente separadas y completas. Verdad es, que desde la creación han desaparecido muchas clases de animales y plantas; pero nadie ha podido comprobar, que se han producido nuevas especies después de haber terminado el Creador la creación con crear el hombre. Cierto es, que el hombre ha conseguido producir cierto número de variedades en los perros, en las flores y en algunas clases de plantas, pero la especie misma quedó, sin sufrir otros cambios, firme. Desde que existe el mundo, un buey no se volvió en caballo; y la opinión, nuevamente surgida en nuestro siglo, pero ya en tiempos muy antiguos adoptada, que el hombre desciende de un animal parecido al mono, que poblaba el interior del Africa, cuyo animal, de un inconsciente impulso hacia la perfección, haya abandonado su característica animal y se haya apropiado de un lenguaje — esta opinión es, no solamente del punto de vista bíblico, sino también del de las ciencias naturales, una hipótesis de hombres que se dan por muy sabios, pero que es desmentida por millares de hechos.

Como de las plantas del tercer día, y como de los peces y de las aves del día quinto, así también hay, en las capas del interior de la tierra, innumerables restos de los cuadrúpedos creados en el sexto día, en parte muy bien conservados. Basta que el lector vaya a un museo para encontrarlos en abundancia. Y para que la Biblia tenga razón en afirmar que estos cuadrúpedos fueron creados sólo al llegar el sexto día, no aparecen los restos de ellos en las capas más antiguas de la tierra, como si fueran creados simultáneamente con las primeras plantas o con los animales acuáticos, sino en la capa cretacia formada más tarde, cuya capa cubre a las otras más antiguas. En dicha capa cretacia vemos a los cuadrúpedos por primera vez, pero también ya en grandes masas. Tampoco se encuentran esqueletos petrificados de formas intermedias, como si — según la teoría de Darwin — se hubieran trans-

formado lenta y paulatinamente los animales acuáticos en cuadrúpedos, los cocodrilos en bueyes; sino que repentinamente se presentan ahí, por centenares y millares, los antepasados de nuestros elefantes, rinocerontes, hipopótamos, más grandes y poderosos que en el día de hoy; con muelas tan grandes como puños, con colmillos gruesos como pequeños troncos de árboles y de diez a doce pies de largo; con un esqueleto formado como por vigas, de modo que al contemplarlos, uno se acuerda de la grandiosa narración del behemot en el libro de Job (40, 10-19).

Ahí estaba, por ejemplo, el "megaterio", o "gran bestia"; casi dos veces más alto y dos veces más largo que un toro, con huesos enormemente gruesos, con piernas parecidas a columnas y garras largas como un pie, el cuerpo cubierto por una piel dura de dos pulgadas de espesor, y provisto de poderosos dientes en forma de cincel, capaces de triturar troncos de árboles como si fuera pasto jugoso. Así caminaba lentamente por los bosques esa formidable creación de Dios; igual a una fortaleza acorazada, no tenía ningún ataque; por su cuero no pasaba ni garra ni diente; el embate de un león o de un tigre no lo hubiera estremecido, y de un solo zarpazo podía aplastar cualquier fiera de las de hoy. También el "dinoterio" a "animal pavoroso", del cual se ve en el Museo Natural de Stuttgart una enorme cabeza, lo creó Dios en aquel día. Constituído como un hipopótamo, pero mucho más grande, provisto de una fuerte trompa y grandes colmillos encorvados hacia abajo, con los cuales podía anclarse en el torrente impetuoso, también este animal se alimentaba, por lo que sabemos, de hierbas y plantas acuáticas. También muchos "mamuts" y "mastodontes", dos especies de grandes elefantes, existían en aquel entonces. El primero, cubierto de espesa y vellosa piel, armado con monstruosos colmillos, vivía en las regiones del norte, llegando hasta la Siberia de nuestros días, donde innumerables dientes de este animal proveen hoy todavía la mayor parte del marfil que se emplea en el comercio actual. Enterrados en el hielo polar, se han encontrado muchos de esos animales, que, quizás en el tiempo

del diluvio, fueron llevados hasta allí. Tan bien fueron conservados, que los perros podían todavía alimentarse de su carne, y algunos viajeros hasta han probado hacer un asado de esa carne tantas veces milenaria. Junto con estos animales, vivían en los bosques, en el tiempo del sexto día de la creación, monstduosos lagartos, de hasta 70 pies de largo y más altos que un toro; animales de 14 a 24 pies de largo, revestidos con escamas exagonales o agudas, duras como cuero, parecidos a algunas especies que hoy todavía viven en Sud América, aunque seis veces menores. Además, existían numerosas especies de animales más pequeños, descendiendo hasta las libélulas y arañas, las que ahora todavía encontramos nítidamente embalsamadas en el ámbar, esta resina hoy endurecida que proviene de los coníferos de aquellos tiempos.

Estaba, pues, creado el animal que ahora todavía puebla nuestra tierra en inmensas variedades. ¡Qué será de él algún día, en la nueva tierra, no lo sabemos . . . ! Empero, como podían ambular debajo de los árboles del primer paraíso, así también andarán debajo de los del segundo paraíso, pues bien claramente lo indica la Sagrada Escritura. (Compárese Isaías 11). Si la moderación bíblica exige, por un lado, que evitemos arriesgadas especulaciones, tenemos, por el otro, que cuidarnos de imaginarnos un mundo venidero de perfección, pobre, desierto e incompleto. El cielo de Dios no es por cierto una sala grande, en la que siempre se ha de estar sentados juntos, sino un mundo esplendoroso, sí, una profusión de mundos, llenos todos de Su claridad y de Su gloria. Un día lo será el universo todo, pues los millones de mundos estelares que vemos brillar en la bóveda celeste, no son más que una pequeña parte del gran dominio de la creación divina, en la que hay sitios para millones de criaturas de todas clases, de las cuales, aquí en nuestra pequeña tierra, no tenemos la menor idea, ni podemos vislumbrarlas.

EL CUERPO DEL HOMBRE

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tengan ellos dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. De manera que creó Dios al hombre a su imagen, a la imagen de Dios le creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios; y les dijo Dios: Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla; y tened dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da simiente, que está sobre la haz de toda la tierra, y todo árbol que tiene en sí fruto de árbol que da simiente: esto os servirá de alimento. Y a todo animal de la tierra, y a toda ave de los cielos, y a todo reptil que se arrastra sobre la tierra, que tiene en sí alma viviente, les he dado toda planta verde para alimento; y fué así.

La tierra, pues, estaba terminada y por doquiera había magnífica vida; pero aun aguardaban las criaturas al soberano visible. Para crearlo, no habla Dios, como lo hizo con los demás, pronunciando una mera palabra creadora, sino en este caso la Santa Trinidad toma consejo consigo misma, y de ahí emana una decisión grande y eterna: *"Hagamos"*, dicen Padre, Hijo y Espíritu Santo, *"al hombre*

a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza". ¡Qué dignidad! ¡Un virrey de Dios sobre la tierra, semejante a Dios, hecho a su imagen, un soberano absoluto de todas las criaturas, un intermediario entre Dios y éstas . . . ! ¡Eso debía ser el hombre! Pero ¿qué han hecho de él Satanás y el pecado? Un pobre esclavo de sus placeres y de sus concupiscencias que, languideciendo en cuerpo enfermo, inclinado hacia la tierra, suda y llora, y ya no domina a toda la creación, sino que la teme con miedo constante. Teme al calor solar y al frío golpe de aire, teme al fuego y al agua y a las bestias del campo, teme a la vida y teme a la muerte; y todo su poder y ciencia nada pueden contra la filóxera de la vid, o contra los invisibles bacilos del cólera y de la peste que le traen terribles dolores y enfermedades mortales. ¡Cómo ha caído el rey de la tierra y cómo se ha desvanecido su esplendor!

Sin embargo, ya en el cuerpo del hombre se ven todavía rastros de su dignidad. No inclinado y con la cara vuelta hacia abajo como caminan los animales sobre la tierra, sino en posición recta, el hombre toca la tierra solamente con los pies y lleva la cabeza levantada. Y en su cuerpo reúne las más diferentes propiedades. En cuanto al animal unos se destacan por su rapidez, otros por su fuerza, otros por su oído sensible o su vista aguda, ninguno de ellos reúne todas estas cualidades en adecuada proporción, pero las posee todas el bien conformado cuerpo humano, y esto en una proporción igualmente admirable. De hombres fuertes nos cuenta la historia tales hechos de fuerza, que, cuando se considera el tamaño y el peso del cuerpo humano, sobrepasan el rendimiento de fuerza del caballo y del buey, y hasta del león. Los animales más veloces ya han sido alcanzados por el hombre en la carrera; el árabe del desierto distingue en la atmósfera del Sahara, a enorme distancia, donde el europeo no descubre nada o sólo un punto negro, entre un caballo y un camello; y los tungusos en la Siberia ven a simple vista las cuatro lunas del Júpiter. El hombre, contrariamente a lo que ocurre con los animales, no está cubierto de escamas, plumas o pelos;

pues tales cosas, aun cuando protegen al animal contra el frío, amortiguan y merman demasiado el tacto; sino que a él le cubre una piel tierna, altamente sensible a todas las impresiones. ¿Y qué animal podría, como el hombre, soportar al mismo tiempo los 40 y más grados de frío de la Siberia y los 42 grados de calor del Africa? ¿Podría, como el hombre, habitar en el hielo eterno y en la nieve, e igualmente en la ardiente arena? ¿Podría vivir a la vez en las altas cimas de las montañas y a tres mil pies debajo de la tierra, como lo hacen los mineros de Falun en Suecia?

¡Y qué maravilla es su cuerpo! *El ojo*, que según sus necesidades se dilata o se contrae, que al mirar a la distancia se adapta a las leyes del anteojo de larga vista, y al mirar de cerca a las del lente de aumento, ya es de por sí un mundo maravilloso de delicados nervios y músculos, que acogen millones de rayos de luz e imágenes y cuentan al alma fielmente cómo está el mundo por afuera. Asimismo el oído humano, en el cual 4.300 membranas, maravillosamente finas, se estremecen como las cuerdas de un arpa a cada tono o sonido, por cuyas membranas el espíritu en su interior percibe las maravillas del sonido, y ante todo escucha la más grande de todas las maravillas, a saber, la palabra. Sin embargo, para mantener con vitalidad a estos nobles sentidos, son indispensables los órganos de la *nutrición:* boca, garganta y estómago, que reciben adecuados alimentos y los transforman en pocas horas en sangre; tal como el pan, que hace apenas algunas horas estaba sobre mi mesa como materia inerte, ahora forma parte de mi mismo, transformándose en sangre por la cual yo vivo, y en sesos por los cuales pienso. Y la sangre, este líquido misterioso del que nos dice la Biblia que la vida o el alma está en ella, es absorbida y expulsada por el *corazón*, maravilloso centro de toda vida. ¡Incansable e incesantemente, de día y de noche, si pienso en ello o no, bombea el corazón este jugo vital por las venas más finas llevándola hasta mi cerebro, hasta el estómago, y hasta las puntas de los dedos de las manos y de los pies, nutriendo con esto todo mi cuerpo. Si nuestro corazón fuera solamente una

máquina construída por los hombres, de acero y diamante, hace tiempo ya que estaría gastado e inutilizado para el trabajo. Pues en un minuto late setenta veces, lo que hace que en el día sea 100.800 de veces y en el año 36.792.000 de veces. Si mi lector tiene 50 años y es un hombre sano, su corazón habrá palpitado, sin interrupción, 1.800 millones de veces y, sin embargo, ¡no siente cansancio! Igualmente sin interrupción e incesantemente trabajan los pulmones, respirando por millares de células aire fresco —como una esponja absorbe el agua —, comunicando este aire fresco a la sangre para que ésta se mantenga con vitalidad, absorbiendo el aire gastado e insano del cuerpo, y expeliéndolo luego; todo esto lo hacen nuestros pulmones, ya nos demos cuenta de ello o no.

Además de estos maravillosos órganos de la alimentación, de la circulación de la sangre y de la respiración, el cuerpo está entretejido por una amplia red de finísimos y blancos tendones estos son los *nervios*, nuestros hilos telegráficos y telefónicos, por intermedio de los cuales percibe el alma lo que pasa en el cuerpo: dolor y placer, calor y frío. Y todas esas diversas actividades se entrelazan entre sí armoniosamente. Ninguna puede estar sin la otra; los nervios y el cerebro necesitan el suplemento constante de la sangre, y si éste es interrumpido aunque sólo sea por medio minuto o se esparcen algunas gotitas indebidamente, entonces el hombre se queda postrado hasta el suelo. Asimismo, el corazón por su parte necesita de los nervios para su actividad, y tiene que ser alimentado por el estómago; lo mismo se vale de los pulmones y de sus funciones. Y todo esto no funciona como en nuestras máquinas, con ruido y estruendo, sino muy silenciosa, suave y tranquilamente, de modo que el mismo individuo ni lo percibe. Es el aliento de Dios el que rige en él todas esas maravillosas fuerzas y las impele hacia una acción unánime que llamamos vida. Aquí entonces, tenemos que exclamar con David: "Te alabaré, porque asombrosa y maravillosamente he sido formado". (Salmos 139, 14).

Aun en otro sentido nuestro cuerpo es una cosa maravillosa: estamos acostumbrados a considerarlo, por decirlo así, como una posesión firme e inmutable. Pero sin razón: nuestro cuerpo es en alto grado mutable y se deshace, por así decirlo, constantemente bajo nuestra vista, para formarse de nuevo a cada instante. Que el cuerpo necesita incesantemente de alimentos para poder existir, lo sabemos; pero del hecho de que este alimento se limita diariamente algunas libras, en cuanto el cuerpo aumenta por día, cuando mucho, algunos gramos de peso, deducimos que en nuestro cuerpo se produce continuamente un desgaste grande y constante de materias. De la misma manera que el agua se evapora en el aire — y que hasta las materias sólidas, como por ejemplo los metales, disminuyen de por sí de peso, aunque sea muy lentamente, desprendiéndose constantemente pequeñas partes de ellos que se deshacen en el aire —, así también está nuestro cuerpo en un estado de continua fundición y evaporación. Esto se extiende hasta los huesos, pues se ha descubierto que también éstos se renuevan incesantemente dentro del cuerpo, deshaciéndose de continuo, formándose de nuevo por la alimentación, de manera que todo nuestro cuerpo, en un lapso de cerca de siete años, ya se ha tornado completamente otro, en el cual no ha quedado ni *una* pequeña partícula del anterior. Por consiguiente, un hombre de 42 años ya ha cambiado su cuerpo por completo seis veces; y, sin embargo, su figura y apariencia quedan en esencia las mismas, pues con todos estos cambios se pone en evidencia una misteriosa unidad e inalterabilidad que indica una oculta fuerza divina que es como la base de todo ello. El alma humana, *tu* alma, ha recibido de Dios el poder de atraer continuamente, día y noche, cuando estés despierto y cuando duermas, innumerables partículas de materia, para que éstas formen y mantengan perennemente el cuerpo, con el fin de que el alma, por intermedio de él, quede en constante contacto con el mundo exterior. Y no sólo eso, sino que ella tiene el poder, hasta cierto grado, de hacer de este cuerpo una imagen de su propia condición. ¿No viste, después de cierto espacio de tiempo, a un hombre entregado a los vicios, alejado de

Dios, descontento de sí mismo y con el mundo? ¿Y no notaste en su persona, en su semblante, la degeneración y la corrupción, aunque estuviera del todo bien vestido y pulcramente lavado y peinado?

Y al revés: ¿Nunca viste el semblante de un hombre que irradiaba virtud y rectitud, aunque él no te hubiera hablado palabra alguna? Por tanto: Como Dios ha creado al hombre según su imagen, así también se torna el alma un cuerpo según su imagen, pues el alma inmortal siempre se trasluce más o menos por el cuerpo mortal. Esta alma es una maravilla mucho más grande todavía que el cuerpo del hombre; de ella aún vamos a hablar.

EL ESPIRITU DEL HOMBRE

Dios creó al hombre a su imagen, a la imagen de Dios lo creó.

Lo que significa esta palabra, sólo lo comprenderemos en el cuerpo resucitado, resplandeciente como el sol, centro reluciente de fuerzas celestiales. Ennoblecida ha sido la figura humana por el hecho de que Dios mismo, Jehová, se ha manifestado en la misma, y también porque El ha creado en la misma imagen a los ángeles, poderosos en fuerza. Pero esta palabra de Dios se refiere también a los poderes fundamentales y a las propiedades del alma humana, así como a la posición del hombre en relación con el resto de la creación. Como Dios domina por sobre todo el universo, así debe dominar el hombre de Dios sobre la tierra y sobre las criaturas; y todavía lo hace, en cierto sentido, a pesar de la caída. Es cierto que estas criaturas ya no son sus súbditos en espontánea obediencia, a los cuales El gobernara para el bien de ellos, guiado por el amor de Dios, sino que lo que sucede es el cumplimiento de la palabra de Dios a Noé: 'Y sea el temor y el pavor de vosotros sobre todo animal de la tierra" (Génesis 9, 2); de manera que en vez de ser el hombre el dios de ellos, es, por desgracia, demasiadas veces su diablo. A pesar de esto, el hombre tiene gran poder. Ningún ser existe sobre la tierra que pueda pedirle satisfacción y preguntarle: ¿por qué haces eso? Las plantas y los animales le son entregados en su mano; él puede trasplantar una planta y dejarla crecer en otra parte; y si esto no pudiere parecer insignificante — porque estamos acostumbrados a ello —, tenemos que considerar que ningún animal es capaz de hacerlo. De la misma manera, no solamente puede el hombre matar

a un animal, sino que también puede educarlo, domesticarlo, perfeccionarlo: y si él, en vez de considerar a las criaturas terrestres solamente como a esclavos que a su antojo puede atormentar, los adoptara tal como corresponde a un verdadero rey, entonces él podría satisfacer muchos anhelos y ansias de la criatura quejosa. Además de todo esto, el hombre es la única criatura sobre la tierra que tiene poder sobre el fuego, ese elemento de la ira divina. Aunque muchas facultades propias de los animales, como por ejemplo el arte que para construir tiene el castor, hacen suponer más inteligencia que la que demostraba en tiempos remotos el hombre, cuando procuraba obtener fuego agregando madera a un tronco de árbol encendido por el rayo, con el fin de mantenerlo, no ha llegado aun animal alguno, ni siquiera el mono, a concebir semejante idea.

Pero más aún que el factor de su dominio de la naturaleza, resaltan *las fuerzas fundamentales del espíritu* humano que revela su hechura a semejanza de Dios. ¿Qué son el arte y la ciencia humana, su belicosidad y fundación de imperios, su edificación de ciudades y su legislación, sino una continua revelación y manifestación de un alma inmortal y divina, la que no encuentra reposo hasta que pueda descansar en el eterno, infinito Dios mismo? ¿Por qué no le basta a ella verse satisfecha ante el comedero relleno, como el buey? Esto a las claras demuestra: ella es la imagen de Dios.

Un fragmento de esta semejanza a la imagen divina, lo es nuestra *conciencia*. Como ante Dios no puede perseverar ningún mal, así tampoco lo puede ante lo divino que hay en el hombre, que inexorablemente juzga y castiga sus hechos, sus dichos y su pensar. Muchas veces ha sucedido que un criminal se ha presentado deliberadamente a la justicia después de diez o veinte años, pidiendo su castigo, solamente para que por fin se acallara en su conciencia esa voz del terrible e insoportable juez. O miremos a un hombre rico que por maniobras malas y dolosas ha acumulado una gran fortuna. Cierto es que vive en una hermosa casa, sentado a una mesa abundante. Verdad es

que lo alaban sus amigos y lo llaman un hombre rico, un hombre inteligente, honrado y muy estimado; y él casi se lo cree. Pero cuando se han retirado los amigos y apagado las luces, entonces este hombre se revuelve en su cama de lujo, de un lado a otro, intranquilo y sin paz en el alma, meditando sobre nuevas especulaciones, sólo para no escuchar la voz queda e inoportuna que le susurra sin interrupción, en la noche tranquila: "tú eres un ladrón". También la *memoria* es algo grande. ¡Qué dominio sobre el tiempo y el espacio hay en ella, casi como un poco de la omnipresencia de Dios! Lo que pasó hace tiempo, el alma lo ha retenido; y ahora, después de haber pasado sobre ella torrentes de dolor y de alegría, después de haber visto, hecho, dicho y pensado lo innumerable, todavía el alma tiene poder de traer a la superficie de su memoria, desde el océano de lo pretérito, según su voluntad, este o aquel detalle que al parecer había desaparecido desde hace tiempo. El anciano de setenta y ochenta años todavía ve la alcoba en la que ha jugado de niño; todavía escucha la voz de la madre, hace tiempo fallecida. Este es un poder grandioso del alma humana. Según observaciones que se han hecho con personas de mucha edad, es justamente durante las enfermedades, en estado de demencia, y poco antes de morir, cuando este poder es más grande y más perfecto que por lo general nos lo imaginamos. Es de suponer que el alma humana no se olvida de nada sino que una y otra cosa experimentada en la vida queda velada por otro acontecimiento; pero en un día venidero subirá desde la profundidad que lo oculta, *todo* lo vivido, cada hecho y cada palabra; sí, cada pensamiento renacerá con vida, verdadero y perfecto, para que según ello el alma sea juzgada.

Y por fin, la maravilla peculiar del espíritu humano: ¡La palabra! Por cierto, los animales también tienen una especie de lenguaje y pueden, por medio de tonos, y de un modo conmovedor, expresar a veces su alegría y su dolor; pero no tienen la palabra, no, no la tienen, y nunca jamás hubo perro que, por más inteligente que fuera haya descubierto por sí sólo siquiera *una* palabra monosílaba,

para llamar con ella a su amo. ¿Por qué no? Porque le falta el espíritu que recibe y comprende interiormente al hombre y a las cosas. Pero como de Dios en la creación primeramente se lee: "El dijo", "El llamó", así también principió la obra de Adán sobre la tierra con la palabra: "él *nombró*" a los animales con nombres. ¡Qué maravillosa facultad la del alma humana, esa de exhalar lo que en ella está; sí, de exhalarse en palabras a sí misma! Con mis labios y mi lengua pongo un poco de aire en movimiento trémulo: estas ondas de aire, o sea el sonido, son interpretadas por el oído de mi prójimo, y al punto percibe mis más profundos pensamientos. Con este, al parecer tan insignificante hecho, con este poco de aire puesto en movimiento, puedo obrar el bien y el mal, puedo con la palabra excitar ira, deparar consuelo, encaminar almas inmortales hacia Dios o hacia el diablo. Con y por la palabra fueron y serán en todo tiempo fundados y destruídos imperios; son y serán construídas ciudades, establecidos el estado y la ley, producidas el arte y la ciencia. ¡Y grandiosamente simples son también aquí los medios por los cuales se obra algo tan grande! Cinco vocales y cerca de veinte consonantes les han alcanzado, desde hace casi 6.000 años, a los pueblos más ilustrados de la tierra, y les serán suficientes mientras exista la tierra, para expresar todo lo que puede el corazón humano pensar, sentir, imaginar e inventar. En estos 25 signos están ocultos todos los libros y escrituras que hasta hoy fueron escritos o todavía serán escritos, todos los discursos que hasta hoy fueron pronunciados, todos los idiomas y dialectos que la humanidad hasta hoy ha hablado o todavía hablará. Mucho puede inventar el hombre; sin embargo, no ha inventado todavía ninguna letra nueva, ninguna sexta vocal a las cinco que Dios le ha dado. Vislumbramos aquí un poco el por qué el eterno Hijo de Dios es llamado en la Sagrada Escritura el "Verbo Divino". De la fuerza oculta en la *palabra humana*, da testimonio la frase: "Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (San Mateo 12, 36-37); asimismo la palabra de Noé: "¡Maldito sea, Canaán! Siervo de siervos será a sus hermanos!" Con

esta frase Noé determinó el destino de todo un continente por un espacio de millares de años, pues toda la historia universal lo atestigua: Africa era siempre, y es todavía, la tierra de la esclavitud. Y cuando Isaac bendijo a Jacob, de nada le valió ya a Esaú sus ruegos y lamentos: la *palabra* estaba dicha y Jacob quedó bendecido. Tan grande es el poder de la palabra pronunciada por intermedio de Dios. Triste signo de nuestros tiempos es el de que la palabra entre nosotros haya sido tan desfigurada. Todavía los antiguos griegos y romanos daban calor a las palabras, y Sócrates dijo: "Hablar incorrectamente daña al alma", o: "Habla para que te vea". Por eso, el punto principal de la educación era enseñar al hombre a hablar resumida, acertada y verdaderamente. ¡Pero qué aluvión de palabras vanas, huecas, vacías, inexpresivas, y hasta falsas pronunciadas e impresas se derraman hoy día, cada vez más, por el mundo, de modo que se suele decir con menosprecio: "¡Son palabras"! Esta es una gran calamidad de nuestros tiempos.

Gracias a Dios, Su palabra tiene más poder, valor y duración que la vana palabra humana, y contra ella Satanás mismo, impotente, es derrotado. La Palabra de Dios es eterna y no puede perecer. Y si El una vez dijo: *"Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tengan ellos dominio sobre toda la tierra"*, entonces la completa realización de esta palabra puede ser prorrogada por el pecado, pero no abolida. El hombre, por Jesucristo redimido, renovado en la imagen divina dominará un día sobre toda la tierra nueva y juzgará hasta a los ángeles (I. Corintios 6, 3); su palabra tendrá otra vez poder creador y facultad para juzgar. Pero su fin más sublime y glorioso lo tendrá un día la palabra del hombre, cuando él sea perfecto en Cristo, quien por medio de ella, y durante toda la eternidad, ofrendará a su Dios alabanzas, honores y gracias, *porque El creó todas las cosas, y por la voluntad de El ellas existen, y fueron creadas.* (Apocalipsis 4, 11). También las diversas palabras de la creación, que más arriba hemos comentado, son impere-

cederas: la luz y el aire, la montaña, la planta y el animal, estos son los eternos pensamientos de Dios que nunca abandona su obra como malograda. En la nueva tierra veremos a esa creación en un esplendor y en una magnificencia aún más grande, heredando nosotros todo. (Apocalipsis 21, 5: "¡He aquí *yo hago* nuevas todas las cosas!")

Es deplorable que a la mayoría de los cristianos les cueste tanto creer en esta segunda creación de Dios. Sería locura negar que están hoy delante de nuestros ojos, efectiva y verdaderamente, el árbol, el ave, el río y la montaña. Pero les parece casi inverosímil que el mismo Dios, que un día los creara, pueda crear asimismo, y quiera crear, una tierra nueva con fuentes cristalinas y altas montañas, con árboles de vida y con una hermosa ciudad real, visible y positiva, en la cual y sobre la cual viviremos nosotros en cuerpo resucitado, visible y palpable, en ropas blancas, con manos para palpar y pies para andar, y con ojos resplandecientes para contemplar a toda esa creación. A pesar de la resurrección corporal de Cristo y del tenor de la Escritura, ellos interpretan esto como meros símbolos de una existencia nebulosa e inconcebible, sin realidad positica. ¿Es que acaso se ha achicado la mano de Dios? *¿No puede el Creador crear más?* ¿No ha de haber una creación bienaventurada, imperecedera y eterna, no perturbada ya por ningún mal, sin peligro de ser profanada e inmovilizada? ¿Y esa nueva creación, no ha de ser más esencial, más amplia y más verdadera que esta creación temporal y pasajera? ¡Oh, incredulidad del perverso corazón humano, la de creer con tanta desidia lo que Dios nos garantiza con tanta certidumbre en Su Palabra!

Magníficamente corresponde la última hoja de la Biblia a la primera. También aquí se muestra la Palabra divina como un todo, como una revelación con principio y fin, de los eternos decretos referentes a la humanidad y a la creación: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra". En el fin El creará un nuevo cielo y una nueva tierra. En aquélla había cuatro ríos, en ésta habrá un río cristalino que emana del templo. En el primer paraíso, un

árbol de vida; en el segundo, muchos árboles de vida. En la primera tierra había montañas; en la nueva está la nueva Jerusalén sobre una montaña muy alta. (Véanse Ezequiel y Apocalipsis).

Hermosas también son las diferencias entre la primera creación y la segunda más gloriosa. El sol y la luna alumbran a la primera tierra, y hasta en el paraíso había noches. (Génesis 3, 8). De la nueva tierra se dice: "y no habrá ya más noche; y no necesitan luz de lámpara, ni luz del sol; porque el Señor Dios los alumbrará." (Apocalipsis 22, 5). Desnudos estaban Adán y Eva, expresión e imagen de la inocencia paradisíaca. Sobre la nueva tierra andarán los resucitados en ropas blancas, consecuencia visible de la justicia de los santos. En el primer paraíso vivía el hombre debajo de los árboles del jardín; en el segundo vivirá en los palacios artísticos, sobremanera esplendorosos, de la ciudad eterna, con las puertas de perla y las calles de oro. Y contrariamente a la primera creación: "Del árbol del conocimiento del bien y del mal, *no comerás*", se dice de la segunda: *"No habrá más prohibición"*. Pero donde no hay prohibición, tampoco puede haber transgresión. Había en el primer Edén un gran No. En el segundo es todo SI y Amén. "Y la muerte no será más; ni habrá más gemido ni clamor, ni dolor; porque las cosas de antes han pasado ya." (Apocalipsis 21, 4).

¡Que Dios nos haga aptos, por medio de la sangre de Jesucristo, para esta herencia de los Santos en la luz!